

CONTRIBUCIÓN A UNA TEORÍA DE LOS CROMATÓNIMOS

Xaverio BALLESTER
Universitat de València

En términos sensoriales el ser humano es especialmente visual. La percepción visual representa un papel muy importante en su experiencia del mundo. Adicionalmente, la percepción de color constituye un aspecto fundamental en su percepción visual. Lógicamente, tan relevantes hechos encuentran su reflejo en la Lingüística.

Palabras Clave: Lingüística, cromatónimos, simbolismo de los colores.

Contribution to a Theory of Color Names

A major role of the human being's experience of the world is played by visual perception, and a major role in visual experience is played by color perception. Logically, all this has a linguistic projection.

Key Words: Linguistics, Color names, Color Symbolism.

De si los términos que en las distintas lenguas indicaren color, sean nombres propios... o no... o todo lo contrario y de sus no pocas peculiaridades

Si estrictamente considerados, los nombres de los colores o cromatónimos (sobre el tema griego χρωματο- 'color') no son nombres propios... ¿O sí? Resulta que habitualmente los cromatónimos comparten algunas características importantes con los [demás] cironimos o nombres propios y, sin embargo, incumplen el requisito de poseer un referente único y no colectivo, como en el caso de los etnónimos; ahora bien ¿podrían tenerlo? En razón de su naturaleza semántica, necesariamente abstracta y *común*, los cromatónimos, como la mayoría de los convencionales nombres comunes, no se refieren —es verdad— a una entidad determinada. *Una* casa es potencialmente muy distinta de cualquier otra casa, pero un azul siempre será *el azul*. Mientras que los *verdaderos* o idiosincráticos nombres comunes presentan un carácter genérico muy acusado, de modo que *árbol*, *barco* o *casa* pueden aludir a referentes muy distintos —a un 'álamo blanco' o un 'pino silvestre', a una 'barquichuela' o un 'yatazo', a un 'piso patera' o

un 'palacio real'— los cromatónimos son casi tan precisos como los numerales, de modo que *azul* o *blanco* sólo pueden referirse a entidades tan singulares como lo sean los 'azul' y 'blanco' en las correspondientes lenguas, mientras que a su vez habrá distintos tipos de álamos o pinos, de barcas o yates, de pisos o palacios.

Estas características además suelen acercar los cromatónimos precisamente a los [otros] ciriónimos y en especial a los etnónimos o nombres de etnias y pueblos, con los que comparten la referencia a algo que, siendo virtualmente plural, tiene un claro y único referente. Así, si una característica *ciriónímica* de los etnónimos es su tendencia a neutralizar las categorías de género y también de número —decir, por ejemplo, *siux* en vez de **siuxa* o **siuxes*— parecidamente entre los cromatónimos encontraremos muchas neutralizaciones de género y de número —bien explicables en diacronía, como veremos, por el original carácter substantivo de muchos nombres de colores— y se dirá *azul* y no **azula*, *rosa* y no **roso* o bien *burdeos* y no **burdeo* o **burdeosos*.

Asimismo, si los etnónimos tienden a neutralizar la distinción entre sustantivos y adjetivos y emplear el sustantivo —categoría nominal más *propia*— como adjetivo y decir, por ejemplo, *celta* o *germano* en lugar de *céltico* o *germánico*, también parecidamente entre los cromatónimos encontraremos a menudo la tendencia a emplear *oro*, *rosa* o *rojo* en vez de *dorado*, *rosado* o *rojizo*. Fenómeno que, sin duda también por su estrecha relación con la etnonimia, afecta asimismo a los glotónimos o nombres de lenguas, de modo que *vasco* será empleado no sólo en lugar del adjetivo *vascónico* o aún *vascongado* sino también en lugar del glotónimo *vascuence* (del latín *uasconice*). Por otra parte, los glotónimos pueden tener origen en diversas categorías morfológicas —no sólo en sustantivos— y en consecuencia comportarse morfosintácticamente también de modo muy distinto.

En todo caso, aun si considerados como nombres comunes, resultará enseguida patente que los nombres de colores poseen otras características tan *propias* que les hacen dignos de un estudio también propio y singularizado. Así, por ejemplo, las aludidas neutralizaciones morfológicas se manifiestan como un abuso, como una usurpación, por parte del sustantivo, de funciones más propias del adjetivo, de modo que en este punto el cromatónimo se comporta como otro ciriónimo, una de cuyas características es precisamente su renuencia a la adjetivización, al menos sin que en tal caso medie normalmente una alteración importante de su semántica, siendo este hecho aquí especialmente significativo porque estadísticamente los en principio bipolares cromatónimos —porque virtualmente tanto sustantivos cuanto adjetivos— se emplean, sin embargo, con mucha más frecuencia en función adjetival. De hecho, el concepto o, quizá mejor, *percepto* del color aparece

según las lenguas categorizado también como verbo, como clasificador, como sustantivo, como derivado adjetival, como un afijo o como una partícula, pues, aunque, como señala Lucy (1997: 337), «tiende a ser tratado como adjetivo si la lengua dispone de tal categoría, ello no constituye de ninguna manera un hecho universal».

El tauya, una lengua de Nueva Guinea, dispone de seis términos para colores: blanco, negro, rojo, amarillo, verde y azul, dos de ellos, los dos primeros, corresponden en realidad a dos verbos intransitivos, *apou* ‘estar blanco’ y *pusitime* ‘estar negro – estar marrón’, y los otros cuatro resultan ser formas derivadas con el sufijo *-²amu* ‘con – caracterizado por’, típicamente adjetival, pero de los calificativos provistos con tal sufijo sólo los cromatónimos han quedado lo suficientemente lexicalizados como para poder funcionar como sustantivos (MacDonald 1990: 106–107).

En fin, también el alto nivel de procedencia foránea que, como se verá, caracteriza a los cromatónimos en muchas lenguas, es un detalle lingüístico que aproxima esta clase a los nombres propios. En su momento notaremos además, como característica asimismo más propia de los ciriónimos, las *irregularidades* que presentan los cromatónimos en diversas vertientes de la lengua. Anticipemos además otras características *cirionimicoides* —si se nos permite la palabreja— de los cromatónimos, como serían su gran peculiaridad fonomorfoléxica, su relevancia léxico–semántica o su evolución especialmente irregular, rasgos que veremos después con más detalle. En resumen, hasta aquí tenemos en los nombres de colores como principales características propias de los ciriónimos las siguientes:

- uniformidad del referente semántico,
- neutralización de categorías morfológicas como género y número,
- tendencia a comportarse como un sustantivo,
- abundancia de formas de origen foráneo,
- mayor peculiaridad fonomorfoléxica,
- relevancia léxico–semántica, y
- evolución singular.

Comencemos con la antepenúltima característica.

De cuáles singularidades de toda índole presentaren los términos de color y de atenuativos, reduplicados y otras lingüísticas exquisitices

En efecto, otra característica que aproxima el conjunto de los cromatónimos a los *verdaderos* nombres propios, es su irregularidad o al menos su peculiaridad, lo que se manifiesta según las lenguas en diversos fenómenos fónicos, morfológicos, como algunos que acabamos de ver, y también léxicos; y ello de manera tan imbricada que a menudo será difícil discriminar

los diversos planos.

En el aspecto fónico o fonomorfológico notemos que, por ejemplo, en algunos dialectos arábigos los adjetivos designando colores o defectos físicos comparten ciertos patrones de estructura consonántica (Campbell 1995: 27; Kaye & Rosenhouse 1997: 284–285). En ciertas lenguas los nombres de los colores presentan la peculiaridad de poseer alguna marca específica, como la *e-* en los seis colores del sirionó, una lengua tupí de Bolivia: *eshi* ‘blanco’, *erondei* ‘negro’, *eirēi* ‘rojo’, *echo* ‘amarillo’ y *eruba* ‘verde – azul’ (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 46). Asimismo la reduplicación léxica caracteriza la mayoría de los nombres de color en la lengua australiana *martu-guanka* (*Martu-Wangka*) excepto el *amarillo* (*karntawara*): *piila-piila* ‘blanco’, *maru-maru* ‘negro – azul’, *miji-miji* ‘rojo’, *yukuri-yukuri* ‘verde’, *parnaly-parnaly* ‘rojizo – ocre – marrón’ (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 48). También en el fijiano de Boumaa algunos cromatónimos presentan, además de una forma simple, una forma reduplicada, la cual se emplea cuando hace de predicado en posición inicial o en una oración relativa y también cuando adjetiva un nombre, siempre que este no sea un animal o los términos *vatu* ‘piedra’ y *qele* ‘tierra’ (Dixon 1988: 231). Ahora bien, sólo conocen la adicional forma reduplicada los cromatónimos ‘negro’, ‘blanco’, ‘rojo – marrón’, ‘verde’ y ‘amarillo’ y no, por ejemplo, ‘azul’, ‘violeta’, ‘gris’ o ‘rosa’. El caso es que, por alguna razón o razones diversas, el fenómeno de la reduplicación caracteriza los nombres de colores en un buen número de lenguas.

En la vertiente morfoléxica —pues prácticamente el mismo efecto se materializa a veces en la morfología o a veces en el léxico— notemos la presencia, otra vez, de características propias para los términos que indican color. En el *quisio* (*Kis*), hablado principalmente en Guinea, la mayoría de los cromatónimos se adscriben a la limitada y cerrada clase de adjetivos no derivados: *humbù* ‘blanco’, *tiji* ‘negro – azul marino’, *siàṅà* ‘rojo’, *pii* ‘verde’ y *ndúùlì* ‘marrón claro – amarillo’ (Childs 1995: 126–127). Ya también TROMBETTI (1962: 65) llamó en su día la atención sobre el hecho de que en turco y en mongol se forma una especie de superlativo para los adjetivos que indican color mediante la reduplicación de la primera sílaba del término seguida esta de *-p-*, tipo turco *kap-kara* ‘negrísimo’. También en tártaro y basquir algunos cromatónimos presentan formas reduplicadas de sentido intensivo como tártaro *ap-aq* ‘blanco-[como la]-nieve’ o *yem-yěsel* ‘verdísimo’ y además pueden también tomar sufijos *detensivos*, formando así el equivalente a nuestros ‘rojizo’ para el *rojo* o ‘azulado’ para el *azul* (Árpád 1998: 286).

De hecho, cabría quizá hablar del detensivo o atenuativo como una hipocategoría morfológica especialmente característica de los cromatónimos, ya

que en estos la presencia de marcas con valor atenuativo que alcanzan suficiente regularidad morfológica, es un fenómeno frecuente. Así en el hablar bereber de Figuig, en Marruecos, encontramos junto a *a-mellal* 'blanco' *camlal* 'blancuzco – blanquecino', junto a *a-dal* 'verde' *cadal* 'verduzco – verdusco', junto a *a-wray* 'amarillo' *cawray* 'amarillento' y junto a *a-zekk'ay* 'rojo' *lazway* 'rojizo' (Kossmann 1997: 120). Nótese el también atenuante sufijo *-ish* de los angloparlantes, así en *blackish*, *bluish*, *brownish*, *greenish*, *greyish*, *pinkish*, *purplish*, *reddish*, *yellowish* o *whitish* para respectivamente los negro, azul, marrón, verde, gris, rosa, rojo, amarillo y blanco. El sufijo francés *-âtre* vendría a tener la misma función en esta lengua: *blanchâtre* 'blancuzco', *jaunâtre* 'amarillento', *rougeâtre* 'rojizo', *verdâtre* 'verdusco'... El sufijo francés procede de uno latino empleado también para estos fines: *albaster* 'blanquecino', *nigraster* 'negruzco'... si bien en competencia con el sufijo *sub* '[de]bajo – so-': *subniger* 'negruzco', *subuiridis* 'verdusco'... También en lituano podemos reconocer un sufijo *-va-* con valor atenuativo: *dušvas* 'grisáceo', *gešvas* 'amarillento', *žalšvas* 'verdoso'... Asimismo en el pipil, en El Salvador, tenemos, por ejemplo, *chichi:l-nah* 'rojizo' o *tultik-nah* 'amarillento', formados con el morfema *-nah* frente a los adjetivos básicos o neutros formados con *-k* tras vocal o *-ti-k* tras consonante: *chi:l-tik* 'rojo', *ista-k* 'blanco', *ti:l-tik* 'negro', *tu:l-tik* 'amarillo', *xuxuwi-k* 'verde' (Campbell 1985: 61–62 y 611). El quechua ecuatoriano contaría tanto con una marca *-nijuc* o *-nicuj* de atenuativo o relativizante, así *pucanicuj* 'rojizo', cuanto con una marca *-clla*, *-jlla* o *-nlla* de precisión o pureza, como en *yanaclla* '[bien] negro' (Catta 1994: 49–50 y 87).

En el campo del léxico recordemos previamente el caso —frecuente y ya bien descrito por la Tipología lingüística— de la inexistencia de adjetivos en muchas lenguas y de la escasez de adjetivos en muchas otras. Sin embargo, la importancia o relevancia léxico-semántica —otro aspecto que, como se anticipó, aproxima los cromatónimos a la esfera de la cirionimia— del nombre de color se vería también en el hecho de que, en aquellos repertorios reducidos de adjetivos, precisamente no suelen faltar los adjetivos de color y además suelen presentarse a veces como una subclase compacta. Así, en el quilivila (*Kilivila*), hablado en las islas Trobiand, pertenecientes a Papúa–Nueva Guinea, hay tres clases de adjetivos: los que se usan sin partículas clasificatorias, los que se usan con partículas clasificatorias y los que pueden usarse con o sin partículas clasificatorias; pues bien, a esta última especial subclase —aparte de *pe'ula* 'fuerte – duro'— pertenecerían los adjetivos *pupwakau* 'blanco', *bwabwau* 'negro', *bweyani* 'rojo' y *digadegila* 'amarillo' (Senft 1986: 85).

Probablemente este tipo de hechos tenga que ver, en última instancia, con la circunstancia de que el hombre sea en lo perceptivo un animal esencialmente visual, de modo que en los casos en que una lengua no cuenta con

una nutrida clase de adjetivos, estos regularmente se relacionan con la vista y suelen mayoritariamente aludir a nociones cuales forma, tamaño o... color. De hecho en las hablas conocidas como macro-jê, en el Amazonas, «Hay 12 prefijos que se añaden a cuantificadores y adjetivos descriptivos de dimensión, consistencia y color» (Rodrigues 1999: 184), ya que estas tres últimas cualidades son verdaderamente descriptivas, son —diríase— verdaderamente calificativas o adjetivales. Este básico proceder lingüístico sería también detectable en el hablar infantil, pues de modo general, los niños acostumbra a relacionar objetos concretos, como cama, juguete o mamá, acciones físicas, como correr, jugar o comer, y atributos bien perceptibles, como grande, alto o... rojo, como apunta BICKERTON (1994: 151). Por otra parte el bipolar carácter —sustantivo/ adjetivo— de tantos cromatónimos en tantas lenguas no debe de haber dejado de constituir un expediente virtualmente muy cómodo para procurarse adjetivos de una u otra forma.

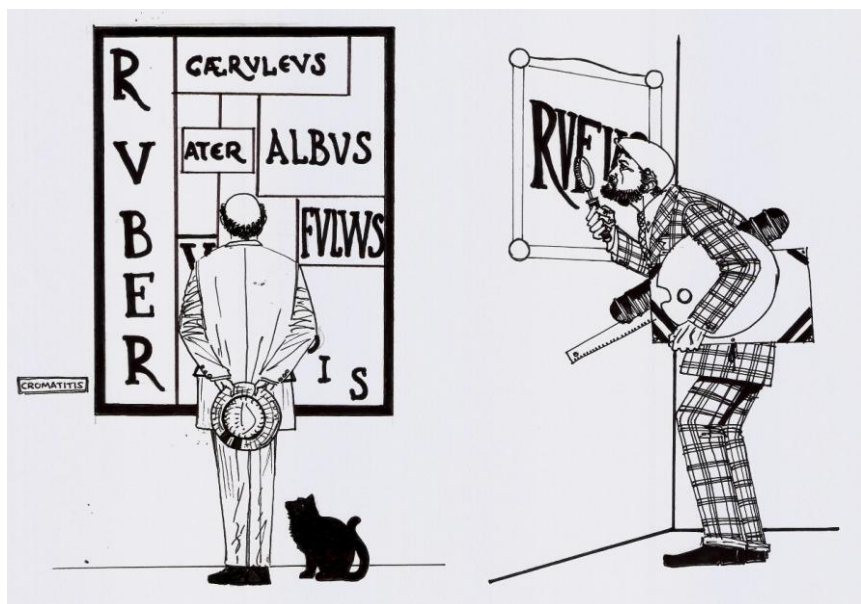
Del enorme potencial semántico de los cromatónimos, tan propicio en lo metonímico o asociación por contigüidad cuanto en lo metafórico o asociación por similitud, algo se irá comentando más tarde, sobre todo en el apartado referente a sus empleos simbólicos.

De que los términos de color sean —y por qué— móviles cuales *piuma al vento*, sean *colores de mal asiento*, caducos y tornadizos

Zambulléndonos ahora en la diacronía, digamos que otra de las características léxicas más conspicuas de los cromatónimos ya anticipada sería su carácter mudabilísimo, de modo que los nombres de color están probablemente entre los elementos léxicos más tornadizos de las lenguas, por lo que son entidades lingüísticas con, por lo general, temprana fecha de caducidad. Los cromatónimos —es el hecho incontestable— son diacrónicamente *culos de mal asiento*; como dice SAFAREWICZ (1986: 438), «los nombres de colores fácilmente se renuevan». Demasiado fácilmente. Quienes nos dedicamos a la arqueoglotología o reconstrucción de lenguas, sabemos bien del escaso valor que, por lo general, tienen los cromatónimos para establecer relaciones lingüísticas antiguas. En la historia de la lengua española, por ejemplo, puede reconocerse el paso del *albo* al *blanco*, del *pardo* al *castaño* y ahora al *marrón* y las idas y venidas del *bermejo*, *colorado*, *rojo*, *rubio*... Desde época romana, diríase, apenas el *negro* (del latín *nigru-*) y el *verde* (del latín *uiride-*) han logrado mantener sus *posiciones* en el léxico patrio.

Tal es una situación no excepcional en el ámbito general de las lenguas románicas, cuya autonomía lingüística general excede en poco el milenio y cuyo arsenal léxico básico, el latín, es además fácilmente accesible. Pues bien, es sorprendente la gran variabilidad que para el romance se da, en tan poco tiempo y para una tradición cultural y literaria además tan poderoso

sa, en relación a la denominación de los colores. Así el latín *albus* 'blanco' ha sido substituido por nuestro *blanco*, francés *blanc*, italiano *bianco*, portugués *branco*, rumano *alb* o valenciano *blanc*; nuestro 'azul' será *bleu* en francés, *azzurro* o *blu* en italiano, *azul* en portugués, *albastru* en rumano, *blau* en valenciano. Pero incluso en algunos casos resulta que ha habido tanta innovación o evoluciones tan rápidas que las formas apenas coinciden en las diversas lenguas, así el 'amarillo' es *jaune* en francés, *giallo* en italiano, *amarelo* en portugués, *galben* en rumano o *groc* en valenciano, pudiendo las formas francesa, italiana y rumana remontar en realidad a una misma base etimológica (Buck 1988: 1059 s. *yellow*). Como en el caso del español, prácticamente sólo el negro y el verde se han mantenido relativamente estables y comunes a las lenguas románicas: francés *noir* y *vert*, italiano *nero* y *verde*, occitano *negre* y *verd*, portugués *negro* o *preto* y *verde*, rumano *negru* y *verde* o valenciano *negre* y *vert*.



Evolutiva variabilidad.— *Tal como se puede apreciar en esta ilustración de Ferran Cortés sobre los nombres latinos de color, la mayoría de ellos resulta desconocida para los hablantes románicos, pues tales nombres fueron substituidos por otros en las respectivas lenguas. Apenas sólo el negro y el verde se mantuvieron relativamente estables y comunes.*

Parecida situación encontramos en otras lenguas y otras épocas históricas. Así, el término para 'blanco' se presenta como diferente en muchas lenguas indoeuropeas. Algunas tomaron la misma raíz que el lituano *báltas*, como

las eslávicas, por ejemplo, checo *bílá*, antiguo eslávico *běľben*, esloveno *bela*, polaco *biały*, ruso *белый*, [serbo]croata *bijela*... La raíz del término latino para 'blanco', *albus*, podría haberse conservado en el nombre eslávico para cisne: checo *labud*, polaco *łabędź*, ruso *лѣбедь*... El griego clásico, por ejemplo, usó una raíz significando, como veremos, simplemente 'claro – luminoso': *λευκός*. Por su parte, las lenguas célticas se decantaron por un término significando originariamente 'visible', como el bretón con *gwenn* o el irlandés con *find*. El griego moderno ha seguido innovando y tomado una copia: *ἄσπερος* del latín *asperu-* 'áspero', a partir, parece ser, del nombre de una moneda de plata pero de rudo o *áspero* tacto empleada por los bizantinos (Buck 1988: 1054 *s. white*).

Para el negro, el griego empleó un término significando previamente 'sucio': *μέλας* (genitivo *μελανός*; Safarewicz 1986: 438), pero también el griego moderno ha seguido innovando realizando de nuevo una copia del latín (de *Maurus* 'moro – mauritano'): *μαῦρος*. Los cromatónimos que procedentes del latín encontramos en el griego moderno, son ya de por sí índice de la facilidad con la que, como anticipábamos, los nombres de colores se copian de una lengua a otra o incluso se toman de otra, puesto que, como es el caso de los *asper* o *Maurus* latinos, a veces la forma copiada no funciona — al menos regularmente— como nombre de color en la lengua de procedencia. El latín, por su parte, empleó regularmente *niger* de pervivaz trayectoria, como vimos, y el grupo eslávico optó por una raíz totalmente distinta: checo *černá*, esloveno *črna*, polaco *czarny*, ruso *чёрный*, [serbo]croata *crna*...

Para 'rojo', en cambio, es bastante unánime el testimonio indoeuropeo que remonta en muchas lenguas a una sola raíz **raud-*: galés *rhudd*, gótico *raups* 'rojo', griego *ἐρυθρός* 'rojo', antiguo inglés *réod* 'rojo', irlandés *ruadh* 'rojo', antiguo islandés *rauðá* 'rojo' [sustantivo], *rióðr* 'rojo' [adjetivo] y *roðra* 'sangre', latín 'rojo' *rōbus*, *ruber* y *rubrum* (acusativo) con recepción de los dialectalismos *rūfus* y *rutilus*, ya que los resultados con /f/ interior y con /t/ no son los patrimoniales para la lengua latina, lituano *raudónas* 'rojo', sánscrito *rudhiráh* 'rojo' y *rudhirám* 'sangre', serbio *rūd* 'rojo', úmbrico *rofu* y **rufu**. Habida cuenta de la frecuencia de un valor relacionado con 'cobre' o con 'metal rojizo' en general en muchas lenguas indoeuropeas con esa misma raíz **raud-* —así antiguo alto alemán *aruz[zi]* 'mineral', antiguo eslávico *ruda* 'mineral – metal – cobre', antiguo indio *lōhá-* 'metal rojo – cobre – hierro', inglés *ore* 'mineral', antiguo islandés *raudí* 'metal rojizo', latín *raudus* o *rōdus* y *rūdus* con resolución del diptongo 'pieza de bronce sin elaborar'— resulta bien armada la propuesta tradicional de relacionar aquella raíz indoeuropea **raud-* con el sumerio *urudu* 'cobre' (Gamkrelidze & Ivanov 1995: 616–617 y 773; Alinei 1996: 269) o una forma afín con *au-*, pues además el fenómeno es congruente con el mencionado frecuente

origen foráneo de los cromatónimos o, como también vimos, su tendencia a mudar y regenerarse y, como veremos, con un tipo de metonímica motivación muy habitual para los cromatónimos.

Prácticamente las mismas divergencias que encontrábamos entre las lenguas románicas para 'amarillo', las encontraremos también para las lenguas indoeuropeas y ya en general desde época antigua. Sin entrar por ahora en más detalles, digamos que la frecuente indiferenciación entre 'amarillo' y 'verde' o la tendencia a que el primer término se especialice para 'rubio' — es decir, para el 'amarillo' de los cabellos— bien pueden estar entre las razones de esta general gran dispersión del color 'amarillo', tonalidad para la que, en todo caso, podemos intuir una antigua indoeuropea raíz **gual-* o algo afín.

Fuera del ámbito indoeuropeo podemos encontrar similares situaciones. Así, por ejemplo, los términos para 'blanco' y 'negro' en las lenguas urálicas presentan un excepcional grado de divergencia y sin que, por supuesto, falten términos de origen foráneo (Abondolo 1998: 37–38). No hay, en definitiva, razones para suponer que esa circunstancia de gran mutabilidad de los cromatónimos conocida ya en época histórica haya tenido que ser muy diferente en época prehistórica. Además, el dinamismo innovador de los cromatónimos es tan real y manifiesto que resulta totalmente perceptible en la vida diaria; quizá en nuestra próxima visita a una tienda, especialmente si es una tienda de ropa o un concesionario, el dependiente nos sorprenda con un nuevo color o más propiamente con una nueva denominación, y con probabilidad lo haga de una manera que nos resulte comprensible a qué se refiera (*arena, butano, ceniza, champán, chicle, hueso, salmón...*). Últimamente los fabricantes de vehículos están, desde luego, demostrando una prodigiosa inventiva asociativa en la oferta de colores para sus productos.

De berenjenas, calabacines, naranjas... o seguimos hablando de colores y buscando móviles por las principales vías de la similitud y contigüidad

Mérito principalísimo de Mario ALINEI ha sido el habernos hecho comprender la importancia que la motivación de las palabras tiene en las lenguas humanas, labor que ha ido desarrollando a lo largo de su obra y que más recientemente se ha visto condensada o culminada en su *L'Origine delle Parole* (2009, especialmente 57–90), donde retoma y sistematiza muchos de los aspectos de este tema lingüístico tan trascendental como ignorado por los arbitrarios defensores de la arbitrariedad del signo lingüístico, siendo así que: «la motivación [...] es un componente obligatorio *para generar palabras*» (Alinei 2009: 60).

De suerte que esta circunstancia nos conduce de modo natural a lo que puede muy bien ser la razón más básica para todo este trajín de nombres, para esa gran mutabilidad de los cromatónimos, a saber, la naturaleza más usual de su motivación, ya que esta tiende, como vemos en los casos de aparición de nuevos cromatónimos, a asociarse a claros referentes, es decir, está bien motivada, está objetiva y visualmente motivada. Así, para el actual hispanohablante normal nombres de colores como *marrón* u *ocre* serían semánticamente más opacos que nombres nuevos o inéditos pero de referentes más cercanos cuales, pongamos por caso, *berenjena*, *cebolla* o *calabacín*. El lógico y mayor inconveniente de este cómodo proceder será quizá la ambigua polisemia —o pluralidad de significados, algo, por lo demás, comunísimo en la mayoría de las voces que conforman el léxico de una lengua— del término afectado, ya que *berenjena*, *cebolla* y *calabacín* indican productos comestibles además de eventuales colores, pero, dado el habitual abismo contextual entre una referencia a un color y a un comestible, aquella polisemia supone un coste bien asumible.








Con todo y pese a ser lo *económico* un factor de gran importancia para los hablantes y sus lenguas, la economía y el ahorro de memoria o esfuerzo mental no lo es todo. El factor psicológico o, mejor, social del prestigio también condiciona muchos fenómenos lingüísticos. Quizá esto ayude a explicar fenómenos cuales, por ejemplo, la extraordinaria pero para muchas lenguas innecesaria adopción —directa o trámite otra lengua— de términos germánicos (alemán *Blau*, frisio *blau*, holandés *blauw*, noruego y sueco *blå*... y en época más moderna principalmente inglés *blue*) para el unánimemente considerado uno de los más bellos colores, el azul; así francés *bleu*, griego moderno μπλε, quizá indonesio *biru*, italiano *blu*, maltés *blu*, occitano *blau*, surinamés *blaw*, quizá tuvaluano *pulú*, valenciano *blau*, yidis *blo*...

En todo caso y consecuentemente, muchos cromatónimos tienen su origen en la simple y metonímica circunstancia de ser trasladados desde la referencia a una entidad caracterizada por un determinado color hasta la directa referencia a ese mismo color. Acaso esto explicaría también la *natural* o, en algunos casos, *original* reluctancia del cromatónimo a aparecer morfológicamente como adjetivo, ya que no es tan fácil acostumbrar a los oídos a formas repentinamente nuevas y equivalentes a **berenjeno*, **ceboll[in]o* o **calabacín[er]o*, innovaciones que sin duda pueden y suelen aparecer, como todo, una vez el *cuero* del hablante se habitúa a ellas; de lo que se colige que aquellos cromatónimos que presenten, como es el caso de nuestros *roj[ísim]o[s]* – *roj[ísim]a[s]*, la regular flexión propia de los adjetivos en español, deberán en principio haberse introducido en esa lengua antes que aquellos cromatónimos que aún no se hayan adaptado a la morfología adjetival, verbal o substantiva que corresponda a tal lengua.

Como fuere, este metonímico proceso de la parte —del color— por el todo parece haber sido la básica motivación para las denominaciones de colores en el devenir lingüístico general, aunque no, desde luego, la única, como enseguida veremos con más calma. Un proceso de aquel tipo fue también, por ejemplo, el en las Islas Canarias seguido para la conversión del nombre de la sustancia resinosa *ámbar* en denominación colorística, de suerte que, en palabras de TRAPERO, (1999b: 115) «de designar primeramente `resina fósil producto de animales marinos`, de color **amarillo** más o menos intenso, ha pasado a significar también el mismo `color **amarillo**`».

Corolario, por tanto, de lo dicho será también la alta posibilidad de que regularmente los cromatónimos se hayan originado a partir de referentes concretos más o menos novedosos (*champán, butano, naranja...*), de modo que al menos muchos de aquellos cromatónimos, como *marrón* u *ocre*, en los cuales la motivación ya no es transparente para el normal hablante contemporáneo —esto es, su referente visual, por la circunstancia que fuere, ya no nos resulta familiar— deban de haberse originado en su momento de modo parecido. Por último, es asimismo previsible que, cual tan a menudo acaece, la formas de motivación más opaca, cuales las citadas de *marrón* u *ocre*, tiendan a ser substituidas por formas con motivación transparente derivadas de una entidad con igual o afín color cuales, supongamos, *café, castaño* o *canela*.

Nada nuevo, por tanto, bajo el sol. Los cambios o, para hablar con más propiedad, desplazamientos de significado se siguen produciendo por las dos vías principales de la contigüidad o metonimia y de la similitud o metáfora. Y en este nuestro caso principalmente por la vía primera: un objeto portador de un color —el todo por la parte— acaba significando ese mismo color. De la connotación a la denotación. Siguen, pues, también aquí vigentes las principales tendencias que operan evolutivamente en los desplazamientos semánticos, habitualmente dilataciones de significado en su comienzo que acaban perdiendo alguno[s] de los valores más antiguos:

-  de lo concreto a lo abstracto,
-  de lo físico a lo psíquico,
-  de lo visual a lo plurisensorial,
-  de lo pequeño a lo grande,
-  de lo próximo a lo lejano,
-  de lo natural a lo elaborado, y
-  de lo individual a lo conjunto.

Aunque, naturalmente, sólo como criterio orientativo y a falta de precisa información [pro]histórica, estas tendencias son útiles en el desafío de secuenciar los diversos significados —a veces hasta opuestos— documentados para una misma palabra. Así, por ejemplo, los diferentes valores de la pala-

bra latina *persōna* se explicarían bien desde un original significado —concreto, físico, visual, pequeño, próximo, individual— de ‘máscara’, desde el cual y siguiendo una secuencia más bien rectilínea habría evolucionado a ‘retrato’, ‘personaje’, ‘personalidad’ y ‘persona’. La metáfora es directa culpable del paso del latín *pāpillō* ‘mariposa’ al más grande y elaborado sentido de ‘pabellón – tienda de soldado’ y del pequeño, próximo y natural *phasēlus* ‘habichuela’ a un tipo de barco, del *quadriuium* ‘cruce [de cuatro caminos] – encrucijada’ al abstracto, psíquico, plurisensorial y conjunto sentido de ‘cuadrivio’, de *rōstrum* con la concreta, física, pequeña, cercana y natural valencia de ‘pico’ a la de ‘mascarón [de proa]’, de *squāma* ‘escama’ a la más grande, lejana y elaborada ‘malla de [coraza]’.

Según lo dicho podríamos, por ejemplo, ordenar cronológicamente el triple esencial significado de la forma latina *uertex* de ‘remolino [acuático]’, ‘coronilla [de la cabeza]’ y ‘cumbre – cima’ (*uide* Koller 1989: 482 *s.u.*), así tal cual en el orden y explicación de Quintiliano (*inst.* 8,2,7: *uertex est contorta in se aqua uel quidquid aliud similiter uertitur, inde propter flexum capillorum pars summa capitis, ex hoc id quod in montibus eminentissimum*): «*uertex* es un remolino en el agua o cualquier otra cosa que gire de modo similar; de ahí y causa del girar de los cabellos es también la parte superior de la cabeza, y de aquí viene a significar la parte más alta de los montes», pero, *pace* el antiguo rétor, los criterios de pequeñez y cercanía nos hacen preferir un valor originario de ‘coronilla’, de donde por doble metáfora habrían derivado independientemente dos significados: el de ‘remolino’ por el “girar de los cabellos” y el de ‘cumbre’ por lo de “la parte superior”, amén del significado de ‘cabeza’ por la metonimia de la parte por el todo, lo que apunta también, otra vez, más bien a ‘coronilla’ que a ‘remolino’ como significado originario. Y en semejante avanzar entre dudas reside también la grandeza y la miseria de estas nuestras bellas ciencias inexactas.

Así pues —convendrá incidir— tras la mayoría de los procesos de motivación para un cromatónimo estaría la tan frecuente metonimia o desplazamiento semántico por contigüidad, de modo que denominamos un color por un cercano referente en el que claramente se manifiesta o típicamente se da, así *burdeos* por el vino, *butano* por la bombona de gas etc., tal como en su momento los cromatónimos, por ejemplo, *fucsia*, *lila*, *malva*, *morado*, *rosa* o *violeta* se generaron desde la planta —*morado* de la mora— o flores correspondientes. Y, otra vez, no hay razón para dudar de que este expediente haya sido con mucha frecuencia utilizado, como hoy, en fases pretéritas, de modo que en el origen de muchos términos para colores puede estar el nombre de una entidad concreta, física, visual, pequeña, próxima o natural caracterizable por tal o cual color, lo que significa que, pese a su mutabilidad, los cromatónimos pueden ser también potencialmente útiles para la reconstrucción lingüística, siempre que se consiga identificar el

campo léxico y semántico afín del que, previsiblemente por vía metonímica, háyase originado el cromatónimo. Tal identificación no será difícil en aquellos casos de motivación transparente, es decir y en la práctica, de convivencia —*ergo* de polisemia— de ambas formas —como actualmente *naranja* para el color y para la fruta— pero sí será más complicado en aquellos casos de motivación opaca y donde ambas presumibles formas no convivan ya como referentes familiares en el habla cotidiana, como actualmente *ocre* para el color y ¿para...? Para un «mineral terroso, deleznable, de color amarillo, que es un óxido de hierro hidratado, frecuentemente mezclado con arcilla» en las palabras del Diccionario de la Real Academia Española.

De *embracasasa* y de metonimia en metonimia conociendo lenguas y geografías o de por qué los lusos acabaron llamando 'gusanillo' al pulmón

Claro que las fases de polisemia en las que se mantiene la significación del color junto a la del referente original pueden durar siglos o milenios. Así, en el murcio, una lengua nilo-sajariana hablada en Etiopía, no habría cromatónimos fuera de los cromatónimos aplicables al ganado —tradicionalmente su principal actividad económica y fuente de riqueza— de modo que los hablantes quizá no contarían propiamente con una categoría abstracta de color (Lucy 1997: 343 n15). Podría irse más lejos y afirmar que a veces los cromatónimos para entidades bien específicas exceden los referentes regulares —o patrón abstracto— de la *paleta* meramente cromática de los hablantes y a menudo por atender también a otros factores anexos al color cuales su disposición o su composición.

Un caso bien conocido es el de la denominación de los colores de la ganadería taurina en español con términos cromáticos en la práctica de uso exclusivamente taumáquico, distinguiéndose tanto los toros que presentan colores uniformes cuanto los de pelaje de colores mezclados o aquellos con manchas de diverso color. Así, por ejemplo, llámase *cárdeno* al toro de mezclado pelo blanco y negro, *chorreado* al con rayas verticales de distinto color o *sardo* al animal con pelo mezclado blanco, rojo y negro, o bien con pequeñas manchas irregulares de estos colores. Naturalmente, muchas de estas denominaciones son compatibles y pueden ofrecer una imagen precísísima del astado.

Otro caso menos conocido pero no menos ilustrativo es el de la ganadería ovina y caprina en las Islas Canarias y especialmente en la Isla del Hierro, caso muy bien estudiado por el gran TRAPERO (1999a: 69–118). Aquí lo llamativo no es sólo el alto número de voces y la precisión descriptiva —*embracafiranca* 'oveja de medio alante franca y de medio atrás blanca', *a|embracasa[ca]* 'oveja de medio alante bermeja y de medio atrás blanca' y la forma *e|ombrajajaisa* 'oveja negra con un muslo blanco'— sino, como

vemos o puede intuirse, la preservación de muchas voces de la antigua lengua de los guanches en la actual español de la isla: *cómbaca*, *embracafirranca*, *embracasaca*, *embrajajaisa*, *exínafa*, *firanca*, *íncana*, *jórana*, *majore-ra*, *manajaisa*, *mástuca*, *mérusa*, *ómana*, *omanamástuca*, *p[u]lpana*, *sénaca* o *sínafa* (Trapero 1999a: 106–107).

Naturalmente, a pocos podrá sorprender el constatar que, también en los dos hispánicos casos citados, los toros y las cabras constituyen o constituyeron hasta época bien reciente aspectos esenciales de la vida económica y, por lo tanto, social, cultural e ideológica de las comunidades citadas.

Por otra parte, tal como se habrá advertido, una característica de la motivación de los cromatónimos especialmente conspicua en aquellos de más reciente creación es su relación con el mundo natural, con el mineral, el vegetal y quizá algo menos con el mundo animal. Empecemos con esta última variedad, para la que no es difícil encontrar testimonios cuales nuestros españoles *pardo*, verosíblemente del griego *πάρος* trámite el latín *pardus* 'leopardo – pantera' o bien *carmesí*, derivado aquí de la voz de origen arábiga que designa el insecto *quermes* y de donde procedería también el inglés *crimson* 'carmesí' (Casson 1997: 234), pero remitiendo a una raíz que en última instancia podría ser indoeuropea (cf. lituano *kiřminas*, persa *kirm*, sanscrito *kṛmiṣ*... todos significando 'gusano' y, siempre de la misma raíz, antiguo eslávico *чръвь* i'rojo!').

Otro caso de motivación animal bastante afín y especialmente ilustrativo, dada su antigüedad y el lingüístico fenómeno de reincidencia motivacional que comporta, sería el del español *bermejo*, resultado del latín *uermiculus* 'gusan[ill]o'. Pues, en efecto, estamos ante una muy antigua raíz, ya que documentada en varias lenguas indoeuropeas. A partir de tal base léxica tenemos, por ejemplo, en ámbito báltico las formas del lituano *vařmas* 'insecto – mosquito', prusiano *wormyan* con el valor ya documentado de 'rojo'; en el mundo de los eslavos con formas documentadas verbigracia para el antiguo eslávico con valor 'insecto' y para el antiguo ruso con valor de 'rojo' o con este mismo significado en ucraniano *vermjanyj*; en ámbito germánico las formas de antiguo alto alemán *wurm* 'gusano', gótico *waúrms* 'serpiente' por probable metonimia tabuística para evitar el verdadero nombre de la *bicha*, antiguo inglés *wyrm* 'gusano' pero también con los derivados en antiguo alto alemán *gi-uurmōt* 'coloreado de rojo', antiguo frisio *worma* 'púrpura' y antiguo inglés *wurma* 'púrpura'. A partir de estas y otras formas puede, pues, establecerse un temprano desplazamiento de significado de la raíz o término para gusano en la dirección del color rojo o afines, desplazamiento, como señala MONZÓ (2008: 156) —de cuyo inédito trabajo de investigación tomamos estos datos— «sin duda debido al uso de este invertebrado para producir dicha pigmentación». Pues bien, esta evolución

de 'gusano' a 'rojo' o color de parecida tonalidad que encontramos ya en época antigua dentro de algunos grupos indoeuropeos, se daría, como notorio caso de reincidencia en la *metasemia* o desplazamiento de significado, en el decurso a las lenguas románicas, pues la forma latina *uermiculus*, diminutivo de *uermis* 'gusano', comparece en romance con el significado de 'color escarlata – rojo – bermejo', así en español *bermejo* —con , por tanto, antietimológica— francés *vermeil*, italiano *vermiglio*, portugués *vermelho* —y por ulterior metonimia *vermelhos* 'pulmones' en antiguo portugués— provenzal *vermelh* o valenciano *vermell* (Monzó 2008: 158).

La razón de esta preferencia por la referencia al mundo de la naturaleza parece clara: se trata de una preferencia por lo concreto, físico, natural, visual y a menudo también, como estamos viendo, por lo pequeño y próximo. Lo visual, además, junto con lo sonoro resulta muy cómodo para el siempre comodón hablante. Los colores artificiales como el *burdeos* o el *magenta* (*vide infra*), pues que producto y resultado de la manipulación humana, presentan, en cambio, mucha mayor labilidad cromática que los asociados de modo natural y, diríase, permanentemente, a veces sempiternamente, a una entidad dada, cual la arcilla, la fresa, la malva, el marfil, la **naranja**, la **rosa** o la **violeta**.



Sólo colores y nada más.— *El empleo del color puede ser suficiente para crear, sin acompañamiento de formas identificables, un poderoso efecto artístico, tal cual resulta apreciable en este lienzo de Max Turiel. Para Aristóteles el color era algo tan exclusivo de la vista como el sonido del oído, ya que a la forma y a la materia se podía acceder también desde otros sentidos.*

El estatismo y general mayor accesibilidad de minerales o vegetación —ya sean flores, plantas, matas, arbustos o árboles— parece además permitir una contemplación más prolongada y serena propiciando, por tanto, una motivación menos azarosa y... peligrosa que la de una fiera pantera para los nombres de colores. Otra vez, se trata esta de una motivación documentada desde época antigua y que debe de haber existido siempre. De la planta

denominada *glasto* o también *hierba pastel* —con *Isatis tinctoria* de nombre técnico— de hojas amarillas pero productrices de un tinte azulón, proceden varios cromatónimos en las antiguas lenguas célticas: bretón *glas* ‘verde – azul – gris pálido’, galés *glas* ‘azul’, antiguo irlandés *glas* ‘azul verdoso’; una glosa de Plinio el Mayor (*nat.* 22,2,2: *glastum in Gallia uocatur*) nos restituiría la correspondiente forma gálica pero referida a la planta (Delamarre 2003: 180 *s. glaston*)

Ahora bien, la metonimia como causa de una mudanza de significado no suele contentarse con un mero y simple desplazamiento, un paso en el camino, sino que por lo general viene a ser todo un proceder, una auténtica travesía; no es habitualmente más que una estación en un itinerario a veces largo de una contigüidad a otra hasta muchas veces llegar a perderse el origen primario y verdadero —la etimología— de la voz. Pues bien, una de las primeras *estaciones* en las que ya puede *aparse* el primitivo origen de la voz que ha pasado a designar un color, es la referencia geográfica. Por ejemplo, el alumbre, un «Sulfato doble de alúmina y potasa: sal blanca y astringente que se halla en varias rocas y tierras» según el Diccionario de la Real Academia Española pasa a indicar un tipo de blanco radiante; ahora bien, puesto que en la Antigüedad tal producto se daba con abundancia en Melos, una de las helénicas islas de las Cícladas, al final el correspondiente nombre geográfico —*melino*— usurpó totalmente el nombre para el color:

alumbre ‘alumbre’ =>

alumbre ‘alumbre – blanco’ =>

alumbre melino ‘blanco melino’ =>

melino ‘blanco melino’ =>

melino ‘blanco’

Así pues, desde la común motivación para un color por darse en un referente natural acaba pasándose con alguna frecuencia a una referencia geográfica, la cual puede finalmente quedar además como único término para dicho color. Y esto es así no porque localidades, comarcas, regiones, países o incluso continentes suelen tener una coloración fácilmente identificable, sino más simplemente porque la referencia geográfica resulta muy común para especificar clases o variedades de productos naturales y elaborados, de productos objetos del comerciar entre los hombres. Así pues, entre los varios tipos de metonimias propiciadoras de nombres de colores, cabe citar, desde luego, los que vienen por vía geográfica, es decir, aquellos que reciben su nombre del lugar de procedencia —por una u otra razón— del color. Este tipo de motivación lo tenemos ampliamente documentado ya en la Antigüedad. Así, por servirnos esencialmente del elenco de nombres de colores recogido por San Isidoro (*or.* 19,17) notemos que en latín contábase, entre otras, con las voces geográficas, sea por ciudades o regiones, de

Cypria 'chipriota' para el color del cobre (San Isidoro, *or.* 19,17,10), *Indicum* 'índico' o azul marino (San Isidoro, *or.* 19,17,16), el blanco *Melinum* o, como vimos, 'de Melos' (Vitruvio 7,7,1; Plinio, *nat.* 35,17,36 y 35,19,37; San Isidoro, *or.* 19,17,21), un blanco *Parætonium* 'de Paretonio', una ciudad egipcia (Vitruvio 7,7,1; Plinio, *nat.* 35,18,36; San Isidoro, *or.* 19,17,2), *Pontica* 'del Ponto', es decir, del Mar Negro, un rojo ocre (Plinio, *nat.* 35,17,36; Is. *or.* 19,17,4), *Sinōpis* 'Sinópide', otro ocre rojizo, por la colonia helénica de Sinope en Paflagonia (Vitruvio 7,7,1; Plinio, *nat.* 35,13,31 y 35,17,36; San Isidoro, *or.* 19,17,2–3) o *Syricum* 'siríaco' —también denominado fenicio (*Phœniceum*)— para otra tonalidad rojiza (Plinio, *nat.* 33,40,120; San Isidoro, *or.* 19,17,5).

Caso similar pero más actual sería el de nuestro cromatónimo *turquesa* a partir del francés 'piedra túrcica' (*pierre turquoise*) probablemente porque su comercialización llegara desde Turquía, ya que dicha piedra no parece darse en la nación de los otomanos. En este apartado de motivaciones metonímicas espaciales —y, a veces, especiales— cabría asimismo mentar una menos natural: la del color magenta, nombre que pasó a muchas lenguas a partir de una batalla en 1859, junto a la localidad de Magenta, en la Italia septentrional (Casson 1997: 236).

De cómo 'débil' o 'profundo' puedan acabar refiriéndose a colores o cuán grande sea el poderío lingüístico de la connotación

Por otra parte, para algunas lenguas la asociación de los nombres de color con otras propiedades o cualidades no cromáticas es tan rígida que podría decirse que la acepción cromática es más bien una mera connotación de aquella cualidad o propiedad. Algunos estudios sobre la lengua austronésica hanunóo, en las Filipinas, apuntan a que un doble contraste entre claro y oscuro y entre sequedad y humedad sería el responsable de sus cuatro colores: 'blanco', 'negro', 'rojo' y 'verde', de modo que los diferentes cromatónimos abarcarían en realidad una concatenación de significados del tipo *[ma]lagi* 'claro – blanco – débil', *[ma]bi:ru* 'oscuro – negro – profundo', *[ma]rara* 'seco – rojo – reseco' y *[ma]latuy* 'húmedo – verde – fresco' (*vide* Lucy 1997: 324–326).

No parece difícil encontrar más motivaciones cromáticas de este tipo en pueblos de culturas más puras o primitivas. En el amazónico tucano, según BARNES (1999: 221–222), se distinguirían los colores 'claro', 'oscuro', 'contrastivo' (rojo–naranja) y 'natural' (verde–azul). La explicación no es otra que la probablemente más explicativa de las posibles en lo concerniente a la Lingüística: la *ecoglosia*, es decir, el hablante y sus circunstancias, es decir, la de la lengua verdaderamente ecológica, la de la adaptación de la lengua a las necesidades del hablante en relación a su entorno. De modo que, aunque bien parezca lo contrario, ese tipo de motivación para cro-

matónimos es en el fondo idéntica al de las motivaciones para nuestros actuales *butano*, *ceniza* o *caqui*, a saber, representan «una pluralidad de procesos cognitivos [...] estrechamente asociada a las prácticas culturales» (Dubois & Grinevald 1999: 25), que estará fundamentada «en particular en la producción de artefactos» en el caso de culturas de tradición neolítica de agricultura y ganadería, y de índole más natural —vegetal o mineral preferentemente— en el mundo de la tradición paleolítica de recolección y caza, de modo que la inquisición del concepto lingüístico de color tiene su más profundo[–obscuro–negro] sentido y a veces su única explicación si contextualizada en el concreto marco etnológico —cultural, económico, geográfico, social...— correspondiente y no como abstractas categorías semánticas universales, pues aquí lo único *abstracto* y *universal* no está en el variopinto mundo multicolor sino en la psicología e ideología, en la mente, en suma, del humano hablante.

Otras asociaciones o connotaciones cromáticas parecen, a primera vista, escapar a este más simple tipo de explicaciones ecogloticas y probablemente, como tantas otras veces, habrá que profundizar en la indagación diacrónica o *bucear* entre los elementos culturales e ideológicos para explicar ciertas particularidades. Tal podría ser el caso para 'verde' en samoano, donde se dispondría de dos términos, uno reservado para referencias animadas —a las que verdaderamente cuadraría una asociación con la 'maduración – madurez'— y otro para inanimadas (Lucy 1997: 344 n18). Algo similar ocurriría en la lengua zuñi, donde se distinguiría un mismo color si aplicado como estable e inmutable —inicialmente, pues, para objetos o referentes inanimados— con términos procedentes de nombres o participios y si resulta cambiante y evolutivo —inicialmente, pues, para seres vivos o referentes animados— con términos esta vez derivados de *móviles* verbos (Lucy 1997: 335–336).

De para qué sirvan unos azulones huevos de pájaro y de muchas otras mas no siempre tan bizarras motivaciones para los términos de color

Recojamos ahora lo que podrían ser, sobre todo en nuestro occidental hemisferio terráqueo, las motivaciones más comunes para los principales términos de color.

Comenzando por el *blanco*, se dirá que en el color de la clara del huevo (*laz*) parecen haberse inspirado los hablantes del lesguiano o lezguiano, principalmente hablado al sur de Daguestán, para la denominación de tal color: *lacu*, formalmente un derivado adjetival de aquel nombre concreto, físico, visual, pequeño, próximo y de detalle (Haspelmath 1993: 120). Entre las diversas motivaciones más o menos transparentes para 'blanco' en las lenguas urálicas encontraríamos 'brilla[r]', 'claro', 'crudo – agraz', 'limpio',

'hielo' o 'visible – patente' (Abondolo 1998: 37–38). El paso —insólito en principio— de la referencia gustativa o táctil a la visual la hubimos encontrado en el griego moderno ὄσπρος 'blanco' a partir de la forma lacial significando 'áspero' y la reencontraremos más tarde en nuestro *amarillo*. Para el blanco ya vimos que el griego clásico con λευκός partía del concepto de claridad, como queda *luminosamente* claro por la relación etimológica de esta forma con el latín *lūx* 'luz' y afines. La misma metasemia pudo también verificarse en ámbito hispanocéltico, dada, entre otras razones, la documentada frecuencia de una base LOUC– (LOUCaITeITuBoS, LOUCaNICo, LOUCaNICuM, LOUCiO...), base que con pocas dudas debe de corresponder a la citada antigua raíz indoeuropea **lauk–* para 'claro'. Ya Buck (1988: 1054 s. *white*) daba esta como la mayoritaria motivación para el 'blanco' de las lenguas indoeuropeas: «La mayoría de las formas para 'blanco' proviene de la noción de 'brillante'». Por otra parte, la forma del vascuence *zuri* 'blanco' podría estar relacionada con el término *zur* 'madera' (Trask 2008: 381 s. *zur*).

Para el color negro, amén de algunas ya citadas motivaciones de 'sucio' y 'moro' cabe mencionar la de 'quemado' para latín *āter* o úmbrico *atru* si, como parece, estas formas están relacionadas etimológicamente con voces indoeuropeas cuales las del avéstico *ātarš* o del [serbo]croata *vatra* 'fuego' (Buck 1988: 1055 s. *black*), de modo que originariamente *āter* significaría 'quemado – ennegrecido por el fuego' (Ernout & Meillet 1979: 54 s.u.). La misma motivación podría darse para el inglés *black* 'negro' a partir de una raíz indoeuropea significando en su origen 'flam[e]a[r]' (Buck 1988: 1055 s. *black*; Casson 1997: 227–228) y que habría, por tanto, seguido el paradójico destino —fenómeno no inusual en las lengua— de una contradictoria evolución semántica dando en algunas lenguas el significado de 'negro' a partir del de 'quemado – flameado' y en otras el significado de 'blanco' a partir de un valor 'flameante – brillante – claro', como sería el caso precisamente de nuestros románicos español *blanco*, francés *blanc*, italiano *bianco*, portugués *branco*, valenciano *blanc* y demás formas, todas las cuales deben de proceder de una voz muy similar al *blank* 'blanco radiante' del antiguo alto alemán (*aliter* Alinei 2002: 15–17, para quien remiten a un latín *albanicu*). Ya vimos también que la clásica forma helénica μέλας debió de significar originariamente '[en]suci[ad]o', como probaría su tan verosímil relación con formas indoeuropeas cuales la voz letonia *melns* 'sucio – negro' o la raíz *mat–* 'suciedad – basura' en sánscrito (Buck 1988: 1055 s. *black*; Chantraine 1999: 681 s.u.). Sería también esta probablemente la motivación de la raíz para 'negro' que vemos documentada, por ejemplo, en alemán *schwarz*, gótico *swart*, holandés *zwart* o sueco *svart* si esta raíz se relaciona, como parece ser el caso, con formas cuales las del latín *sordidus* 'sucio' o *sordēs* 'suciedad – inmundicia' (Ernout & Meillet 1979:

637 *s. sordēs*; Buck 1988: 1055 *s. black*). Por su parte, las de 'añublo – roya – herrumbre – hollín' y 'humo' parecen estar entre las más seguras motivaciones semánticas por obvia metonimia en el variadísimo término para 'negro' en las lenguas urálicas (Abondolo 1998: 38).

Para 'rojo' en hebreo *adom* procede verosímilmente de la raíz *dom* 'sangre' (Wunderlich 1925: 18 n7). Poéticamente en los tonos del atardecer o las brasas (*jar*) parecen haberse inspirado los hablantes del lezguiano para su denominar el rojo: *jaru* (Haspelmath 1993: 120). También en tauya, lengua de Papúa–Nueva Guinea, el término 'rojo', *inaomo*–*amu*, sería un derivado de la palabra para sangre (MacDonald 1996: 106). Un término alternativo en esta misma lengua para rojo, *numune*–, derivaría del verbo 'madurar – estar en sazón' (MacDonald 1990: 107). Parecidamente en el cámbera (*Kambera*), lengua malayo–polinesia hablada en una isla de Indonesia y que no cuenta con la categoría morfológica del adjetivo, el color rojo se expresaría mediante el verbo estativo —o intransitivo— *rara* 'estar maduro – estar en sazón' (Klamer 1998: 117). No es infrecuente, de facto, la motivación cromatonímica a partir del establecimiento de una asociación con la madurez o inmadurez de bayas o frutas (rojas) o bien de otros comestibles árboreos o vegetales como legumbres o verduras (verdes). En la ya citada lengua australiana martu–guanka el término *parnaly*–*parnaly* para designar un rojo castaño o marrón derivaría del término *parna* 'tierra – suelo – arena' (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 48).

Si los colores toman muchas veces su motivación en la vegetación, no extrañará que el dominante tono vegetal, el verde, de una u otra manera haya sido empleado para ese mismo color. No parecen, en efecto, difíciles de explicar casos cual el del quisio *pi* 'inmaduro – agraz – verde' (Campbell 1995: 127 y 344). En el color de los vegetales comestibles o *verdura* (*q̄az*) parecen haberse inspirado también los hablantes del lezguiano para el nombre del verde: *q̄acu* (Haspelmath 1993: 120). Por su parte, en tauya el término 'verde', *amowemo*–*amu*, sería un derivado de la palabra para 'hoja [de árbol]' (MacDonald 1990: 107). Asociación con la [in]madurez vegetal reencontramos en el ámbito germánico —alemán *grüne*, holandés *grön*, inglés *green*...— donde 'verde' procedería de un verbo significando 'crecer [la hierba]' (cf. antiguo alto alemán *gruon* 'crecer'; inglés *to grow* 'crecer'); es decir, vendría a significar 'crecido – madur[ad]o – en sazón' (Buck 1988: 1059 *s. green*; Casson 1997: 229).

También en quisio el amarillo (*bâs*) —adjetivo derivado en esta lengua— tendría su motivación en un tipo de árbol de cuya corteza se extrae un tinte de dicha tonalidad. En el color de la yema de huevo (*q̄ib*) deben de haberse inspirado los lezguianos para el 'amarillo': *q̄'ipi* (Haspelmath 1993: 120). En el supracitado tauya, el término para amarillo, *ere*–*amu*, procedería de

una raíz de la que se obtiene tal pigmento (MacDonald 1990: 106). Para 'amarillo' mencionemos también la motivación *melosa* y *meliflua* que encontramos en lenguas célticas como bretón (*melen*) o córnico (*melyn*). El griego moderno, una vez más, ha innovado, remotivando el significado a partir de la cidra: *kítrinos* (κίτρινος). Aquí otra copia mencionable sería el vascuence *laru* 'amarillo pálido', que verosímilmente no es otra cosa que una adaptación del latín *claru-* 'claro – esclarecido – brillante' (Trask 2008: 262 s.u.) o del español *claro*. La forma valenciana *groc* debe de proceder del término para azafrán en latín, *crocus*, como también es el caso del sardo logudorés, *grogu*. Ambas formas podrían en realidad ser calcos del árabe, de quedar confirmado que el término para 'amarillo' en esta lengua, *assfar*, se relaciona con el término para 'azafrán', *za'farān* en árabe clásico. Hay motivaciones menos evidentes. El bable *mariello*, español *amarillo* o el portugués *amarelo* no parecen ser otra cosa etimológicamente que un 'amarguillo', es decir, el diminutivo del latín clásico *amārus* 'amargo', pero a partir de su empleo como 'verdoso – demasiado verde' ergo 'inmaduro' ergo 'incomestible' al menos ya en época antigua, como probaría un texto de San Isidoro (*or.* 16,7,1: *omne enim satis uiride amarum dicitur*) y no a partir, como conjeturara BUCK (1988: 1059 s. *yellow*), de una sustancia amarga como la bilis.

El término en quisio para el azul (*pèltè-bàñáá*) —adjetivo derivado en esta lengua— está compuesto sobre el nombre local para 'huevo', *pèl*, y para un pájaro del arroz, *bàñá*, cuyos huevos son, por supuesto, azulones (Campbell 1995: 127 y 343). En vascuence el término actual para 'azul', *urdin*, parece haber tenido un espectro semántico más amplio antiguamente incluyendo también 'verde' y 'gris'. La etimología de la voz es discutida, pero según TRASK (2008: 359 s.u.) podría derivar en última instancia de la homónima voz para 'humus – moho – tierra vegetal'. Es sabido que nuestros azul español y portugués o italiano *azzurro* derivarían, en última instancia, del mineral lapislázuli. Aunque menos accesible que el tan presente cielo diurno, se comprende que a veces se haya preferido, por su estabilidad cromática, motivar desde aquel mineral que desde este inmenso referente que, no obstante, encontramos empleado en el polaco *niebieski* 'azul', derivado de *niebo* 'cielo', o en nuestro *celeste*. Aunque por lo general descrito como esencialmente azul, el cromáticamente tan inestable mar tampoco es una de las motivaciones favoritas para este color, si bien lo encontramos en, por ejemplo, nuestro azul marino.

Para 'marrón' podría en algunas lenguas darse la misma motivación de 'sucio' que vimos para 'negro' a juzgar por casos como el pipil *ku.puk-nah*, que es al tiempo 'sucio' y 'marrón – color de café' (Campbell 1985: 62 y 300). Al parecer, los hablantes del chichegua estarían en fase de procurarse un término para el marrón (*[cha-]khof*) a partir del nombre para el café

(Davies, Corbett, Mtenje & Sowden 1995: 276).

El término para 'gris' puede tener su origen en un referente tan comúnmente visible —sin necesidad de que uno sea un fumador empedernido— como la ceniza. Tal el caso por ejemplo, del zajuro (*Tsakhur*), lengua daguestánica y donde dicho término significa literalmente '[color] ceniza' (Davies, Sosenskaja & Corbett 1999: 187 y 199). Una raíz indoeuropea **pa-* sería responsable, entre otros, de los términos para 'gris' en avéstico *pouruša-* 'gris – canoso', antiguo eslávico *плавъ* 'claro', griego antiguo *πελιός* o *πολιός* 'gris – cano' o védico *palitáh* 'gris'; aquella misma raíz habría dado en latín otro matiz cromático: *pallidus* 'pálido'. Se supone que los nombres de animales o zoónimos *pullus* 'pollo' en latín y *pelė* 'rata' en lituano provendrían de esta misma raíz indoeuropea (Ernout & Meillet 1979: 476 *s. palleo*). Estos hechos sugieren un significado básico de '[entre]cano – canoso' para aquella raíz **pa-*, constituyendo esta una común motivación para 'gris', como acabamos de ver, en varias lenguas de este grupo. También en el fijiano de Boumaa, donde la reduplicación es común para los términos de color, el término para 'gris' *dravu.dravua* se relaciona con el nombre *dravu* 'cenizas' (Dixon 1988: 231).

Un detalle muy llamativo en las motivaciones de cromatónimos es el buen análisis óptico y físico que a veces muestran los hablantes. Así en turcana, en Kenia, el adjetivo para '[a]naranja[do]' está formado por el compuesto 'amarillo-rojo' (Dimmendaal 2000: 168).

Por otra parte y como vamos viendo, la copia para los términos que indican color constitúyese como un fenómeno asaz frecuente. En ochicuañama (*Oshikwanyama*) el sustantivo *ombulau* 'azul' es una copia del alemán *Blau* 'azul' (Zimmermann & Hasheela 1998: 153). En coreano los cinco colores patrimoniales *huyŋ* 'blanco', *kemun* 'negro', *ppalkan* 'rojo' y *phulun* 'azul' se deben a las antiguas copias del chino *payk*, *huk*, *cek* y *cheng* correspondientemente (Chang 1996: 20). En japonés *beeju* 'beis' (*beige*), *buraun* 'marrón' (*brown*), *emerarudo guriin* 'esmeralda' (*emerald green*), *guree* 'gris' (*grey*), *kaaki* 'caqui' (*khaki*), *kuriimu-iro* 'crema' (*cream*), *orenji* 'naranja' (*orange*), *pinku* 'rosa' (*pink*) y *remon* 'limón' (*lemon*) son más o menos reconocibles copias del inglés (Stanlaw 1997: 243 y 255). En el fijiano de Boumaa, *piki* 'rosa' es también una copia del inglés *pink* (Dixon 1988: 231).

También en las copias, como es lógico, ni el propio referente cromático se salva de la omnipotente metonimia, lo que explica que a veces se den desplazamientos *cortos* de significados, así, por ejemplo, el italiano *verde* fue copiado por el albanés *verdhtë* para el... contiguo 'amarillo', tal como parecidamente el antiguo *purpura* de los romanos quedó para 'morado – violeta' en el *purple* de los ingleses. También el *albastru* 'azul' rumano no debe de ser otra cosa que aquel latino *albaster* 'blanquecino' que ya comentamos.

Esta serie de comunes hechos avala nuestra ya emitida hipótesis de que la documentada forma como *firanque* o en femenino *firanca* para 'gris azulado' en la lengua de los antiguos guanches, cromatónimo exclusivo de la isla de El Hierro (Trapero 1999a: 92–93), pueda en realidad no ser otra cosa que una temprana copia del portugués *branco* 'blanco'.

De adónde esta vez vayan y no de dónde vengán los términos designativos de color o de tristes borrachuzos, robustos alcornoques y fríos nortes

Más de la metonimia o la metáfora a la metáfora o metonimia y... *uice uersa*. Si muchos términos para designar un color surgen por la vía metonímica —más bien— o a veces metafóricamente a partir de un objeto con tal coloración, a su vez metonímicamente o más bien por metáfora vía a partir de los términos indicativos de color pueden surgir también otros significados. Así, el color azul es empleado para aludir a la ebriedad en alemán (*blau*), a la tristeza en inglés (*blue*) o a la sexualidad entre varones en lituano (*mėlynas*), de modo que un triste borracho mariquita está casi condenado a recibir uno u otro 'azul' europeo. Parecidamente siglos atrás: en latín *galbus* 'verde claro – amarillo' se empleaba también para el que se vestía con tales a la sazón estafalarios colores, por lo que el término tenía asimismo el sentido de 'coquetuelo – afeminado' (Ernout & Meillet 1979: 266 s.u.).

Como era de esperar, los cromatónimos tampoco faltan en locuciones o modismos. En nuestra lengua citemos expresiones como *ponerse blanco* o ponerse lívido o pálido, el más coloquial de *comerse un marrón* para cargar con una tarea desagradable o una culpa ajena, *pasarlas moradas*, esto es, atravesar una situación difícil o comprometida, *ponerse morado* para comer abundantemente o en exceso, *mercado negro* para el comercio no sometido a la ley, *estar negro* o enfadarse mucho —que es 'estar verde' en el dialecto véneto de Vicenza: *esser verde* (Pajello 1979: 314 s. *verde*)— *tenerlo negro* o tener muy malas perspectivas, *ponerse rojo* o ruborizarse —con afín etimología y motivación para tal *ruborizarse*— *tener la negra* o tener muy mala suerte, *poner verde* o criticar o insultar a alguien, *chiste verde* o chascarrillo sexual u obsceno seguramente a partir de un previo *viejo verde* por persona que "conserva inclinaciones galantes impropias de su edad", es decir, inclinaciones más propias de gente 'lozana' o 'inmadura' etc. Es bastante llamativa la circunstancia de que por lo general las locuciones que incluyen figuraciones cromáticas, presentan connotaciones despectivas. Y quizá no sólo en español: *schwarz fahren* 'viajar negro' se dirá en alemán como equivalente de nuestro viajar *de gorra* o viajar 'sin billete'.

En fin, es asimismo hecho muy llamativo que ya tuvimos ocasión de mencionar, la general bizarría de los usos translaticios de los cromatónimos, lo que —aunque no únicamente— podría en última instancia deberse a la im-

portante repercusión de lo visual en la percepción humana, de modo que reservamos expresiones muy visualizables —en referencia al color, forma o tamaño— para nociones y referencias muy llamativas, muy conspicuas, muy espectaculares, en la idea y con la pretensión de que su impacto en la mente del receptor sea más contundente y eficaz.

Naturalmente, estos desplazamientos desde la significación de un color a la significación de algo bien distinto, aunque algunos parezcan tan modernos, se han debido producir siempre. Nota ALINEI (1996: 645), por ejemplo, que probablemente es también la raíz para 'rojo' la que procuró su nombre al 'roble' en latín, *rōbur* y después en razón de la dureza de este árbol se formaron otros metonímicos derivados cuales *rōbustus* 'robusto' o el verbo *rōborāre* 'fortalecer – consolidar – corroborar'. A esta misma base *rōb-*, probablemente dialectal, debe de pertenecer igualmente el término, de metasemia asimismo bien transparente, *rōbigō* (femenino y con acusativo *rōbiginem*) 'roya – añublo – moho – sarro – herrumbre – orín'. Más recientes, dada la perceptible proximidad fónica con el histórico *rubru-* 'rojo' latino, deben de ser las también bastantes obvias metonimias que dieron lugar a *rubēscere* 'enrojecer – ruborizarse', *rubor* 'rubicundez – rubor – pudor' o *rūbrica* 'rúbrica – título' que pasó a tal significado a partir del color empleado en muchos documentos para rotular titulares u otras entradas importantes. La misma raíz debe de encontrarse, con pocas dudas, en el nombre latino *rubus* para la 'zarza – zarzamora – cornejo – frambuesa', documentada raíz asimismo en el correspondiente plural *rubēta* 'zarzales' —ya que el singular no está documentado en los textos antiguos (Ernout & Meillet 1979: 579 *s. rubus*) con el típico segmento *-ēt-* propio de conjuntos vegetales o arbóreos. El antiguo nombre —también de la raíz *rub-* 'rojo' verosímilmente— para la planta denominada *rubia* en latín se mantuvo en nuestra homonímica *rubia*, voz bien documentada en referencias toponímicas.

Notoriamente del común adjetivo *rubeus* 'rojizo' procedería nuestro *rubio*, el cual pasó al final a referirse al cuerpo humano y en concreto al color de los cabellos en esa oscilación entre 'pelirrojo' y 'rubio' que se daba ya en los registros del latín y se da también en algunas lenguas románicas como el valenciano, donde *roig* es al tiempo '[pelir]rojo' y 'rubio'. Un hecho curioso es, en efecto, la especialización de términos de color para el variado cromatismo del cabello humano o, como ya vimos, para el pelaje de algunos animales —aquí la ecoglosia otra vez— de su entorno cultural. Así 'rubio' era sobre todo el específico *flāuus* en latín, como también en buena medida era el término ξανθός para los antiguos helenos. Igualmente en latín se reservaba el término *fuscus*, como nuestro *moreno*, para los morenos o de cabellos o de piel (Ernout & Meillet 1979: 263 *s. fuscus*). Para nuestro *pelirrojo* —que no *rojo*— y ya de cabellos, de bigotes o de barba el polaco emplea regularmente el específico *rudý* frente al general adjetivo 'rojo' *czzerwony* o

el sustantivo *czerwień*, de la misma forma que para 'rubio' empleará el específico sustantivo *blondyn* y no el correspondiente 'amarillo' o *żółty*. Otro animal —aunque, según los más, menos racional— y que ha recibido especial atención en lo tocante al color de su pelaje es el caballo, al menos ya desde época romana con, por ejemplo, *giluus* 'alazán claro' hasta nuestros días: *alazán*, *bayo*, *cambujo*... Advirtamos de que los términos de color especializados para un bien determinado referente no suelen contarse en la estricta catalogación de las denominaciones básicas de color, no tanto por no pertenecer verdaderamente al léxico más básico, al léxico verdaderamente disponible para los hablantes —como nuestros *rubio* o *moreno*— cuanto por infringir uno de los requisitos que a efectos de ponderada catalogación establecieron los verdaderos dinamizadores del estudio de los cromatónimos en la Lingüística moderna, los investigadores BERLIN y KAY (1969: 6–7), a saber, que la aplicación de un cromatónimo básico «no debe quedar restringida a una reducida clase de referentes».

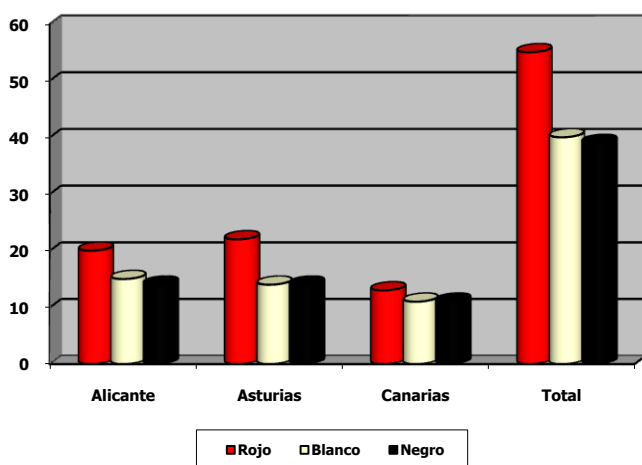
En todo caso, como estamos viendo, los términos para colores han sido profusamente empleados también de modo translaticio —seguramente también por alguna original metonimia en la mayoría de los casos— para otras significaciones, aunque no siempre tan genéricas y mudables como algunas de las que hubimos visto sino también a veces para significados bastante fijos y claros, tan claros y fijos como, por ejemplo, los puntos cardinales. Así los mayas en lengua cachiqual llaman 'rojo' al este y 'negro' al oeste así como 'blanco' al frío norte y 'amarillo' al sur cálido o quizá de maizales (Malherbe 1983: 231; Del Moral 2002: 113). De modo parecido para los antiguos aztecas, en México, «Cada uno de los cuatro puntos cardinales [...] estaba asociado a determinados colores, dioses, signos del día, y otras cosas por el estilo» (Murdock 1981: 312).

De cuál la razón por la que nombres de color sobrevivan en topónimos y del rojo, entre los colores primarios, como uno verdaderamente especial

Una de las causas–consecuencias de los fenómenos que venimos describiendo de mutabilidad, remotivación transparente, generación metonímica o bizarría translaticia de los cromatónimos parece ser el hecho de que los [antiguos] cromatónimos, al caer en desuso, pueden acabar reservándose para empleos, especialidades o campos léxicos bien diversos e incluso marginales. El antiguo término para 'blanco' en latín *albus*, por ejemplo, se ha *jubilado* como cromatónimo prácticamente en toda la Romania, sin embargo y por razones fáciles de comprender, ha permanecido de modo asaz estable en algunos contingentes léxicos, notoriamente en topónimos, así en nuestros *Alba de Tormes* (Salamanca), *Albillos* (Burgos), *Cerralba* (Málaga), *Cerralbo* (Salamanca), *Collado Villalba* (Madrid), *Fuentealbilla* (Albacete),

Graja de Campalbo (Cuenca), *Grijalba* (Burgos), *Hontalbilla* (Segovia), *La Torre de Fontaubella* (Tarragona), *Los Cerralbos* (Toledo), *Menasalbas* (Toledo), *Montalbán* (Teruel, Toledo), *Montalbanejo* (Cuenca), *Montalbo* (Cuenca), *Montalvo* (Jaén, Pontevedra), *Montalvos* (Albacete), *Ojos-Albos* (Ávila), *Ontalba* (Toledo), *Peñalba* (Ávila, Guadalajara, Huesca, Teruel, Valladolid...), *Sotosalbos* (Segovia), *Torralba* (Baleares, Castellón, Ciudad Real, Cuenca, Huesca, Navarra, Soria, Teruel, Toledo, Zaragoza...), *Vilalba* (Lugo, Tarragona), *Villalba* (Badajoz, Cuenca, Huelva, Valladolid), *Villalbilla* (Madrid)... y, ya fuera de nuestras fronteras, en *Montauban* (Francia), *Monte Albán* (Méjico), *Monte Albano* (Italia) y otros muchos.

De hecho la conservadora toponimia, como era de esperar, es también un capaz receptáculo de los muchos nombres de colores que pasaron de moda, pero quedaron literalmente fijados en las geografías humanas. Nuestro interés tanto por la toponimia cuanto por la cromatonimia nos condujo a realizar en su día un estudio sobre la presencia de los colores en una parte de la toponimia nacional. El resultado quizá más llamativo fue la acomodación en frecuencia a los colores que, como enseguida veremos, se consideran hiperbásicos, por otras razones, desde los estudios tipológicos. En efecto, nuestro examen pequeño —pues que realizado sobre *corpora* cerrados de la toponimia de Alicante, Asturias y Canarias— pero creemos suficientemente representativo y con buenos visos para una proyección estadística general, ofrecía una mayoritaria presencia de los tres grandes colores, el rojo —dominante éste— el blanco y el negro, en estas proporciones:



Estadísticas cromatotoponímicas.— *Estudios parciales pero quizá suficientemente representativos de la presencia de los cromatónimos en la toponimia nacional confirmarían el predominio de "los tres grandes" colores aunque con una significativa superioridad del rojo sobre el blanco y el negro.*

Curiosamente los estudios tipológicos han mostrado que, desde una perspectiva glotogenética, de modo muy mayoritario el rojo es, tras el blanco y el negro, el tercer gran color, es decir, si una lengua dispone de cualquier otro color que no sea el blanco y el negro, este será el rojo. La presencia, por tanto, de términos para 'azul' o 'verde' en una lengua implicará regularmente la presencia previa del término para 'rojo', como veremos luego con algo más de detalle. Todo ello constituye un hecho ciertamente llamativo, pues, por ejemplo, los citados 'azul' y 'verde' son muy abundantes en la naturaleza y muy perceptibles para el hombre en cielo y mar, en plantas, hierbas o árboles. Aun entendido, al igual que los otros colores, en un sentido bastante laxo o genérico, el rojo, en cambio, es un color más infrecuente en el entorno normal del hombre, aunque presente en sangre, a veces en cabellos, algunas flores y frutos, en brasas, en los soles extremos.... Yendo más lejos podría incluso decirse que el rojo es en realidad el primer y primario color, si entendemos que, como sucede en algunas lenguas, blanco y negro no son más que las connotaciones elementales del contraste básico entre claridad y oscuridad, entre el día y la noche. Por parecida psicológica manera de proceder, en efecto, no consideramos fotografías o películas *en color* aquellas en... blanco y negro. Acaso la singularidad del rojo se explique también por representar el color que se corresponde con la frecuencia más baja de luz que el ojo humano puede captar, de modo que los colores en frecuencias inferiores se denominan ya *infrarrojos*. Quizá la concepción del rojo como el color del "contraste" en tucano (Barnes 1999: 222) podría asimismo explicarse en este óptico-físico contexto y no sólo como referencia a un entorno como el amazónico *natural* y predominantemente verde.

En cualquier caso, no hay razones para dudar de la gran singularidad lingüística del color rojo, lo que quedaría de manifiesto en diversos fenómenos. De la singularidad de dicho color, en efecto, darían testimonio, por ejemplo, las denominaciones en español para tal cromatónimo, denominaciones y expresivas y abundantes, pues en esta lengua *colorado* —es decir, 'el con color'— es prácticamente un sinónimo de rojo, como también lo fuera *tinto*, otro caso de especialización léxica o pase *a la reserva*, ya que actualmente el término está prácticamente limitado para designar el vino de color... rojo, pero antiguamente, sin duda, fuera empleado, como en el caso del río Tinto, para otros referentes de color rojizo, procediendo la forma del latín *tinctus* 'teñido – pintado', esto es, por una motivación bien cercana a la de nuestro *colorado*. Otra igualmente muy llamativa expresión en español para 'rojo' es *encarnado*, un derivado de *carne*, voz aquella que podría que-

dar explicada como un calco del vascuence —o de otra afín lengua de subtrato— una vez que en esta lengua *gorri* ‘crudo – en carne viva’ tiene también el valor de ‘rojo’ (*vide* Trask 2008: 210 *s. gorri*), una motivación que podría ser contextualmente muy primitiva, una vez que su interpretación más obvia nos lleva de modo natural a pensar en un tipo de descarnamiento para preparar la comida, actividad sobre todo más frecuente y visible en las culturas de caza y recolección. Cuales sinónimos o parasinónimos —*id est*: como formas de igual o muy afín significado— del rojo en el español actual entrarían también nombres como *bermejo* o *grana[te]*.

De cuáles sean los colores básicos y cuáles los tres grandes, de cómo estén en las lenguas representados y de conjeturas varias e inevitables

Ya hace más de 40 años BERLIN y KAY (1969) formularon «dos hipótesis generalistas sobre los términos básicos de color y las clases que cubren: (a) existe un inventario universal limitado de tales clases; (b) una lengua va añadiendo términos básicos de color en un orden determinado [...] Hipótesis ambas que quedaron substancialmente confirmadas por estudios posteriores» (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 21). Otrosí, en la formulación de estos autores las lenguas tendrían entre 2 y 11 términos básicos de color, pues en su propuesta original, en efecto, los autores citados postularon hasta once términos universales: blanco/ negro => rojo => verde/ amarillo => azul => marrón => naranja/ rosa/ violeta/ gris, en este orden, ya que los términos se dispondrían en una secuencia implicativa, es decir, de modo que la presencia de, por ejemplo, el término para ‘azul’ implicaría regularmente la comparecencia en esa misma lengua también de los previos términos para ‘blanco’, ‘negro’, ‘rojo’, ‘verde’ y ‘amarillo’ o bien ‘amarillo’ y ‘verde’; y de modo también que ciertos términos, cuales aquellos para ‘verde’ y ‘amarillo’ y para ‘naranja’, ‘rosa’, ‘violeta’ y ‘gris’, no guardarán ninguna implicación entre ellos mismos. Así, por ejemplo, la existencia de un término para ‘gris’ en una lengua dada no comporta necesariamente la existencia de ‘naranja’. En cambio y siempre en la hipótesis de BERLIN y KAY, si una lengua dispone de un término para ‘marrón’, tendrá también otro para ‘azul’; y si lo tiene para ‘azul’, lo tendrá para ‘verde’ y ‘amarillo’ o viceversa y para ‘rojo’ *et cetera*. Patrón implicativo que podría representarse, por tanto, también así:

BLANCO/NEGRO> ROJO> AMARILLO> VERDE> AZUL> MARRÓN> GRIS/MORADO/NARANJA/ROSA

El gris ocuparía en realidad una ubicación algo especial en esta denominada *jerarquía cromatonímica*, ya que este color infringe con mayor frecuencia que otros dicha jerarquía (Corbett & Davis 1997: 198), sobre todo por su ocasional temprana emergencia (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 23), lo que, como se apuntó en su momento, pudo ser el caso del antiguo conglo-

merado dialectal indoeuropeo, hecho que al menos aquí podría explicarse a partir de una motivación tan concreta, física, visual, pequeña, próxima y natural como el cabello entrecano.

Aunque, naturalmente, la distinción entre colores más básicos y menos básicos no se ofrezca siempre como un resultado aséptico y automático en una lengua determinada, no faltan a menudo elementos verdaderamente empíricos para el establecimiento de la jerarquía cromática, amén de factores más o menos objetivos de carácter estadístico, como frecuencia de uso o prioridad y convergencia en la identificación por los hablantes. Así, por ejemplo, tanto la existencia de tres grandes colores —blanco, negro y **rojo**— cuanto de una jerarquía cromática se vería esencialmente refrendada por análisis cuantitativos sobre la frecuencia en el uso de los respectivos nombres de colores. En estudios, verbigracia, sobre la lengua rusa ha podido comprobarse que los términos para 'negro' (*černyj* – чёрный), 'blanco' (*bélyj* – белый) y 'rojo' (*krásnyj* – красный) ocuparían en este orden y destacadamente las tres primeras posiciones, a los que seguirían los términos para 'verde' (*zelěnyj* – зелёный), 'azul marino' (*sínij* – синий), 'azul [celestes]' (*golubój* – голубой), 'amarillo' (*žěltij* – жёлтый) y 'gris' (*sěryj* – серый) y ya a más distancia los términos para 'rosa' (*rózovyj* – розовый), 'marrón' (*koričnevij* – коричневый), 'violeta' (*fiolětovyj* – фиолетовый) y 'naranja' (*oránževyj* – оранжевый), siempre en orden de frecuencia (Corbett & Davies 1997: 206). También, por ejemplo y como vimos, en el fijiano de Boumaa sólo conocen la adicional forma reduplicada los cromatónimos 'negro', 'blanco', 'rojo – marrón', 'verde' y 'amarillo', de modo que, como observa el mismo DIXON (1988: 231), «los cinco términos de color que existen tanto en forma reduplicada como simple son precisamente los primeros cinco componentes de la jerarquía universal cromática propuesta por Berlin y Kay».

Igualmente a veces la misma morfología puede en una lengua dada marcar la jerarquía entre los colores. Así, en el limbu, en el Nepal oriental, el color *ɔmdaŋba* 'amarillo' no sólo presenta una verdadera restricción semántica limitada a este color, sino que solamente se presenta en esta forma sufijada en *-taŋba* a diferencia de los cuatro cardinales o aquí básicos cromatónimos de *ku-bhɔ-ra* 'blanco', *ku-mak-la* 'negro', *ku-het-la* 'rojo – marrón – naranja' y *ku-hik-la* 'verde – azul – oro' que, además de presentarse con tal sufijo (*bhɔ-daŋba*, *mak-taŋba*, *het-taŋba*, *hik-taŋba*), pueden aparecer en formas libres como sustantivos y como adjetivos y ser incorporados en expresiones participiales con el verbo 'parecer – aparecer' (*phɔ-gɛ-lɔ-ba*, *mak-kɛ-lɔ-ba*, *het-kɛ-lɔ-ba*, *hik-kɛ-lɔ-ba*; Van Driem 1987: 23–25 y 438).

Otro resultado de interés de los estudios tipológicos es la constatación de que *racimos* cromáticos —como los recién vistos en el limbu de 'rojo –

marrón – naranja’ o de ‘verde – azul – oro’— y tan propios de los repertorios mínimos se verifican por contigüidad, de modo que, por ejemplo «son posibles [ROJO + AMARILLO] y [BLANCO + AMARILLO], pero no [ROJO + BLANCO] porque los componentes no son contiguos» (Palmer 2000: 111), es decir, no sería posible un nombre para un color que incluyera nuestros blanco y rojo pero no simultáneamente el amarillo, color intermedio en el espectro y, al parecer, crucial en la determinación de las posibles alianzas o concatenaciones cromáticas, lo que quizá tenga que ver en algunas lenguas con el ya aludido ambiguo carácter del amarillo, pues que vale tanto como referente de la humedad o lozanía de un producto vegetal —cuando asociado al verde— cuanto, por el contrario, como referente de su sequedad o inmadurez, si —es de suponer— asociado en su día al rojo.

Finalmente, otra aportación tipológica muy interesante del pionero trabajo de BERLIN y KAY (1969) es la propuesta de que todas las lenguas dispondrían al menos de términos para oponer los colores ‘blanco’ y ‘negro’ o verosímil y respectivamente ‘claro’ y ‘oscuro’, si es que solamente disponen de estos dos términos; dicho de otro modo, «se predice que si una lengua tiene lexemas para dos colores, estos serán el blanco y el negro» (Moreno 1997: 158). Así pues, un inventario cromatológico, por tanto, verdaderamente mínimo en una lengua presentaría el contraste entre dos colores... o brillos-tonos-matices. Tal sería el caso de algunos hablantes del pueblo danio en Nueva Guinea y de hablantes individuales de la lengua martu-guanka, pues que estos utilizarían sólo dos términos básicos, uno para el complejo ‘blanco – rojo – amarillo’ y otro para ‘negro – verde – azul’, lo que, como anticipábamos, podría también presentarse como un mero contraste entre ‘claro’ y ‘oscuro’ o, incluso en opinión de otros (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 21), como contraste en realidad entre las secuencias de ‘caliente – seco’ y de ‘frío – húmedo’ (cf. Palmer 2000: 112).

Este tipo de fenómenos resulta congruente con el hecho de que un genérico y abstracto término para color pueda faltar en determinadas lenguas, así en algunas hablas de los esquimales «no existe palabra alguna que signifique ‘color’, sino solamente palabras para cada color determinado» (Weyer 1972: 43). Esta laguna léxica nada tiene de extraño, ya que, entre otras cosas, ‘color’ contiene una doble abstracción al resultar ser la abstracción conjunta y general de diversas abstracciones individuales. En efecto, desde el punto de vista de la motivación los nombres de colores tienen la ventaja de hacer referencias abstractas a entidades visuales, normalmente concretas, físicas, pequeñas, próximas y naturales. Tampoco en el fondo indoeuropeo debió de existir un término específico para el color, ya que las diversas lenguas indoeuropeas presentan términos diferentes: antiguo alto alemán *fārawa*, avéstico *gaona-*, griego χρῶμα, antiguo eslávico *boja*, irlandés *dath*, latín *color*, lituano *spalvà*, sánscrito *varṇa*... Según BUCK

(1988: 1050 *s. color*) las lenguas indoeuropeas habrían empleado fundamentalmente las motivaciones de 'cubierta', 'superficie – piel', 'apariciencia' o 'pelaje' para procurarse por dilatación semántica sus términos para 'color'. El ruso, por ejemplo, habría motivado en 'flor' su цвет 'color'. La probable antigua copia del alemán *Farbe* 'color' por el polaco *barwa* y su recopia en época más moderna trámite *farba*, así como su última copia románica *kolor* sugieren la poca profundidad temporal de tal significado en algunas lenguas.

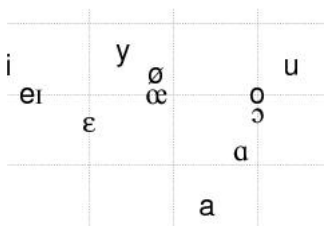
Como siguiente inventario mínimo tendríamos el de tres colores, el cual, como ya se habrá deducido, viene substancialmente a coincidir con los predominantes colores —blanco, negro y rojo— de nuestra toponimia nacional... o viceversa, constituyendo, en todo caso, este hecho un parcial refrendo —inesperado y curioso— de la afamada hipótesis de BERLIN y KAY. Así el eyagamo (*Ejagham*), en Nigeria, cuenta con *ébaré* para 'blanco', *ébi* para 'rojo – amarillo' y *ényàgà* para 'negro – verde – azul' (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 37–39). El detalle de que el término para 'blanco' no se comparta con otro, apuntaría a que este sea —al menos en esta lengua— un color un pelín más básico que el negro. La misma circunstancia quedaría apuntalada por hechos de naturaleza diversa en otras lenguas. Así, por ejemplo, el para 'blanco' (*bílā*) es el término de mayor prominencia mental (*cognitive salience*) en checo, según argumenta UUSKÜLA (2008: 13).

El siguiente patrón, el de cuatro colores básicos, podría venir ilustrado por el mura–pirahan (*Múra–Pirahã*) hablado en unas pocas aldeas en el centro–occidente de Brasil, en el río Maici, y donde habría un —con los números indicando la altura tonal— *ko³bia³* para 'blanco', *bio³pa²ia³* para 'negro', *bi³sa³* para 'rojo – amarillo' y *a³hoa³saa³ga¹* para 'verde – azul' (Kay, Berlin, Maffi & Merrifield 1997: 39).

Por otra parte, cumple reconocer que la brillante propuesta de una jerarquía en las denominaciones de los colores ha tenido un negativo efecto contra-productente en el sentido de restringir apenas a este aspecto —de verificar o no la tal propuesta— el estudio de los cromatónimos en muchas lenguas (Corbett & Morgan 1988; Davies, MacDremid, Corbett, McGurk, Jerrett, Jerrett & Sowden 1992; Davies & Corbett 1994; Davies, Davies & Corbett 1994; Davies, Corbett & Bayo 1995; Davies, Corbett, Mtenje & Sowden 1995; Özgen & Davies 1998; Sutrop 2000; Uusküla 2006, 2007 y 2008; Uusküla & Sutrop 2007....) sin atender siempre debidamente a otras facetas (motivación, evolución, simbolismo...) no menos interesantes de esta clase léxica.

Detalle aquí digno de consideración podría ser en el plano comunicativo el virtual paralelismo entre la básica tripleta cromatonímica y el vocalismo básico y quizá mínimo: el trío /a i u/. Sabido será que estos elementos fóni-

cos representan los tres puntos más distantes, extremos y cardinales del vocalismo, ofreciendo, por tanto, una *optimabilidad* acústica máxima desde los mínimos dos parámetros de vocal abierta (o técnicamente *difusa*) ~ cerrada (o técnicamente *densa* o bien *compacta*) y aguda ~ grave, dando el resultado de /a/ abierta, /i/ cerrada – aguda y /u/ cerrada – grave. Pues bien, de similar modo ‘blanco’, ‘negro’ y ‘rojo’ representarían asimismo y con probabilidad el máximo contraste operativo en el espectro cromático desde los parámetros de claro – oscuro y quizá brillante – opaco, dando el resultado de /blanco/ claro, /negro/ oscuro – opaco y /rojo/ oscuro – brillante. De esta guisa y como ya intuyera el poeta Arthur RIMBAUD en “Vocales” (*Voyelles*), el llamativo o —incidiendo en la sinestesia o asociación sensorial— *chillón rojo* vendría a ser el equivalente de la llamativa o *chillona* vocal /i/ (*I rouge*), la “supervocal” (*supervowel*) de la que hablara LIEBERMAN (1998: 95) en razón de su alto grado de distinguibilidad, resultando por lo demás —*pace* RIMBAUD— la abierta /a/ equivalente al blanco y la grave /u/ al negro.



Cardinalidad de vocales y colores.— *Detalle digno de consideración en el plano comunicativo es el virtual paralelismo existente entre el cardinal y básico tríptico vocálico /a i u/ y la básica y cardinal tripleta cromatónica de blanco, rojo y negro.*

Estas cuestiones nos alertan de la necesidad o al menos la conveniencia de tratar, siquiera sea someramente, de las asociaciones que ora por cercana contigüidad o metonimia ora por más lejana —y elíptica— contigüidad o sinestesia suelen darse en las diversas lenguas. Dentro de ese amplísimo espectro de posibilidades y en el que ya ocasión tuvimos antes de hacer alguna incursión, nos centraremos en unos pocos usos simbólicos a fin de ilustrar simplemente la poderosa capacidad asociativa y consecuentemente evocativa de los colores y sus nombres.

De repelentes de insectos, *scilicet*, paleolíticos ocre, roja salud, rojo negro y roja vida en el último trance

En efecto, la importancia de los términos cromáticos se manifestaría asimismo en un aspecto sociocultural e ideológico tan significativo como es su enorme potencial simbólico, ya que los colores, como es literalmente [pre]visible, asóciense en muchas culturas a otros acromáticos significados. Si, como vimos, los colores, junto con la forma, la consistencia o materia y

el tamaño, constituyen elementos fundamentales de la visión y esta es, a su vez, fundamental para nuestra experiencia mental y consecuentemente lingüística, a los colores debería corresponder una buena parte del *banquete* intelectual de nuestro proceder mental e ideológico. A todo esto no podría objetarse el hecho de que aquí estemos ya más bien hablando de un fenómeno puramente cognoscitivo que lingüístico, pues no deja éste de ser una vertiente esencialmente semántica de la cuestión y, contra lo proclamado por tantas corrientes lingüísticas formalistas, el significado para nosotros sí forma parte —por supostísimo— de la lengua y en consecuencia el estudio de la semántica debe incorporarse con todas las de la ley a la Lingüística. Necesariamente seremos muy breves y procederemos a título meramente ilustrativo con una breve ejemplificación.

Pues bien, a falta de específicos estudios cuantitativos pero de difíciles planteamiento y realización, parece que los tres grandes colores están, *a priori* y por obvias razones de mayor distinguibilidad y frecuencia, destinados —otra vez— a llevarse la palma entre los de mayor empleo simbólico. Digamos que de modo general el blanco se asocia primeramente a la claridad —de hecho, como se vio, el valor de 'claro' ha constituido una prioritaria motivación para el color blanco— y de ahí a la luz. También y quizá por su inevitable contraste con el *sucio* negro, el blanco quedaría además en muchas culturas asociado a la pureza y a la castidad o a significaciones afines.

Por su parte, la primaria asociación del negro parece verosímelmente materializarse con la obscuridad y de ahí con la noche y el frío, con la noche y el miedo, con el frío y la enfermedad, así como con la suciedad y ende, de suerte inevitable, con la inevitable muerte. Ya vimos que, de facto, la de 'sucio' es frecuente motivación para el negro. Blanco y negro quedarían, así pues, bipolarizados en connotaciones respectivamente positiva y negativa, incluyendo —también de modo respectivo— y de forma bien patente las asociaciones con la vida y la muerte, que al fin y al cabo conforman los simbolismos humanos más primarios.

En cuanto a lo que podríamos llamar con rigor *el primer color*, el rojo, este parece tener sus primarias asociaciones metasémicas con la sangre —una de sus básicas motivaciones— y de ahí potencial y paradójicamente y con la vida, que da y porta la sangre, y con la muerte, que su derramamiento o ausencia comporta. De facto, el rojo como símbolo de la sangre constituye la principal tesis del antiguo pero aún actual libro de la WUNDERLICH (1925). Otrosí el rojo, como color cálido, puede *significar* también la vida como también lo significa el sol, resultando a su vez este rojizo astro otra de las significaciones simbólicas del rojo. Según las diversas culturas el rojo puede, en fin, representar asociaciones más específicas y, por ejemplo, era también símbolo o indicio de salud para los antiguos hindúes (Frazer 2003:

39). Parecidamente para FLORES (2000: 256 s. *rojo*), «El color *rojo* está asociado al fuego y a la sangre y, consecuentemente, es el símbolo del principio de la vida [...] En Japón simboliza la sinceridad y la felicidad [...] El *rojo*, por otro lado, significa peligro». Además y en concreto la versión más brillante y *cara* del *rojo*, el color *púrpura*, tenía un *brillante* y caro simbolismo en la Antigüedad grecolatina. Como señala REQUENA (2003: 69): «Es notoria la importancia simbólica del color *púrpura* en la Antigüedad como emblema de soberanía [...] la expresión latina *purpuram sumere* venía a significar “ascenso al trono”; *adorare purpuram* “prestar homenaje al emperador”, y *natalis purpuræ* “aniversario de la toma del poder”».

La potencialidad del *rojo* para representar la vida puede ser un fenómeno antíguísimo y que remite a nuestra más esencial psicología: la del hombre paleolítico. Como en su día ya notara LEROI-GOURHAN (1984: 579–580): «los prehistoriadores se han asombrado, durante largo tiempo, ante la presencia frecuente de *ocre rojo* (hematites) en las sepulturas del Paleolítico Superior. La materia colorante se presenta como un lecho sobre el que reposa el esqueleto, como una mancha en la región de la cabeza o espolvoreada por toda la fosa [...] muy bien podía haber simbolizado a la sangre o a la vida». Y aun: «La presencia del *ocre rojo* se ha convertido, prácticamente, en una constante en las sepulturas y habitaciones [...] se admite que este colorante poseyó un valor simbólico. El hecho [...] ha llevado a muchos prehistoriadores a considerar el *ocre* como un equivalente de la sangre [...] un símbolo de la vida» (Leroi-Gourhan 1984: 619). Como tantas simbólicas tradiciones esta de recubrir con *ocre* el cadáver puede haber surgido a partir de un objetivo bien práctico, ya que en diversas culturas está bien documentado el uso del *ocre* para repeler insectos, así, por ejemplo, entre la tribu de los onguis u ongues en las índicas islas de Andamán (Burenhult 1995: 82). En todo caso, quizá algo de aquellos usos prehistóricos haya perdurado, como suele acontecer para algunas veces, en modernas supersticiones, por ejemplo, en la hispánica según la cual se cree que una «cinta *roja* actúa de amuleto contra el mal de ojo o contra enfermedades contagiosas» (Flores 2000: 86 s. *cinta*).

Así pues, en bastantes de las culturas antiguas o tradicionales el *rojo*, o la combinación de *blanco* y *rojo* aparecen como símbolo y alegato de la vida, y a veces sobre todo precisamente en ese momento donde tal alegato se hace más imperioso: en el trance de la muerte. Pero si el *rojo* es sobre todo el símbolo de la sangre o secundariamente del sol (Wunderlich 1925: 96–108), es decir, de la vida, y si el *blanco* es el símbolo de la luz, es decir, de la vida, el color sobrante era —de nuevo— el luctuoso negro, símbolo de la muerte. En definitiva, para simbolizar la *encarnada* pasión que da *color* a nuestra *blanca* trayectoria hacia el negro final, los tres grandes colores, otra vez, nos bastan y nos sobran. *~ ~ ~

* ﷲ ﷲ El texto representa la versión escrita de la mayor parte del curso impartido en marzo de 2011 en el marco de la *Maestría en Investigación en Lenguas y Literaturas* de la Facultad de Filología de la Universidad de Valencia. El texto se benefició de los comentarios y aportaciones de los alumnos de dicho curso de doctorado, conste aquí a ellos nuestro agradecimiento. La realización de parte del presente trabajo ha sido posible gracias a una ayuda concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia al proyecto FFI2008–01759, dirigido por el Dr. José Luis Vidal Pérez de la Universidad de Barcelona.

SE CITARON LAS OBRAS DE

ABONDOLO Daniel, «Introduction», D. Abondolo ed., *The Uralic Languages*, Routledge, Londres–N. York 1998, 1–42. ALINEI Mario, *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*, Il Mulino, Bolonia 1996. «Tre studi etimologici: (1) *biondo* e *bianco*, (2) *marmotta*, (3) continuatori di gr. *lamia*», *Quaderni di Semantica* 23.1 (2002) 9–38. *L'Origine delle Parole*, Aracne, Roma 2009. ÁRPÁD Berta, «Tatar and Bashkir», L. Johanson & E.Á. Csató edd., *The Turkic Languages*, Routledge, Londres–N. York 1998, 282–300.

BARNES Janet, «Tucano», R.M.W. Dixon & A.Y. Aikhenvald edd., *The Amazonian Languages*, Cambridge University Press, Cambridge 1999, 207–226. BERLIN Brent & KAY Paul, *Basic Color Terms: Their Universality and Evolution*, University of California Press, Berkeley–Los Ángeles 1969. BICKERTON Derek, *Lenguaje y especies*, trad. M.Á. Valladares, Alianza, Madrid 1994. BUCK Carl Darling, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, The University of Chicago Press, Chicago–Londres 1988 [= 1949]. BURENHULT Göran, «Por Qué Algunos Pueblos no se Hicieron Agricultores. Una panorámica global», G. Burenhult ed., *Pueblos de la Edad de Piedra. Exploradores y agricultores de Asia, América y el Pacífico*, trad. F. Chueca, Debate, Madrid 1995, 80–89.

CAMPBELL George L., *Concise Compendium of the World's Languages*, Routledge, Londres–N. York 1995. CAMPBELL Lyle, *The Pipil Language of El Salvador*, Mouton Publishers, Berlín–N. York–Amsterdam 1985. CASSON Ronald W., «Color shift: evolution of English color terms», C.L. Hardin & L. Maffi edd., *Color categories in thought and language*, Cambridge University Press, Cambridge 1997, 224–239. CATTI Q. P. Javier, *Gramática del Quichua Ecuatoriano*, Ediciones Abya–Yala, Quito 1994₃. CHANG Suk–Jin, *Korean*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/ Philadelphia 1996. CHANTRAINE Pierre, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Klincksieck, París 1999. CHILDS G. Tucker, *A Grammar of Kisi. A Southern Atlantic Language*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York 1995. CORBETT Greville G. & DAVIES Ian R.L., «Establishing basic color terms:

measures and techniques», C.L. Hardin & L. Maffi edd., *Color categories in thought and language*, Cambridge University Press, Cambridge 1997, 197–223. CORBETT Greville & MORGAN Gerry, «Colour terms in Russian: reflections of typological constraints in a single language», *Journal of Linguistics* 24 (1988) 31–64.

DAVIES Ian R.L., SOSENSKAJA Tat'jana & CORBETT Greville G., «Colours in Tsakhur: First account on the basic colour terms of a Nakh–Daghestanian language», *Linguistic Typology* 3 (1999) 179–207. DAVIES Ian & CORBETT Greville, «The basic color terms of Russian», *Linguistics* 32 (1994) 65–89. DAVIES Ian, CORBETT Greville & BAYO MARGALEF José, «Colour terms in Catalan: an investigation of eighty informants, concentrating on the purple and blue regions», *Transactions of the Philological Society* 93.1 (1995) 17–49. DAVIES Ian, CORBETT Greville, MTENJE Al & SOWDEN Paul, «The basic colour terms of Chichewa», *Lingua* 95 (1995) 259–278. DAVIES Ian, DAVIES Christine & CORBETT Greville, «The basic colour terms of Ndebele», *African Languages and Cultures* 7.1 (1994) 36–48. DAVIES Ian, MACDREMID Catriona, CORBETT Greville, MCGURK Harry, JERRETT David, JERRETT Tiny & SOWDEN Paul, «Color terms in Setswana: a linguistic and perceptual approach», *Linguistics* 30 (1992) 1065–1103. DEL MORAL Rafael, *Diccionario Espasa Lenguas del Mundo*, Espasa, Madrid 2002. DELAMARRE Xavier, *Dictionnaire de la langue gauloise. Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, Éditions Errance, Paris 2003₂. DIMMENDAAL Gerrit J., «Morphology», B. Heine & D. Nurse edd., *African Languages. An Introduction*, Cambridge University Press, Cambridge 2000, 161–193. DIXON Robert M.W., *A Grammar of Boumaa Fijian*, The University of Chicago Press, Chicago–Londres 1988. DUBOIS Danièle & GRINEVALD Colette, «Pratiques de la couleur et dénominations», *Faits de langues* 14 (1999) 11–25.

ERNOUT Alfred & MEILLET Antoine, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, Paris 1979₄.

FLORES ARROYUELO Francisco J., *Diccionario de supersticiones y creencias populares*, Alianza Editorial, Madrid 2000. FRAZER Sir James George, *La rama dorada. Magia y religión*, E. Campuzano & T.I. Campuzano tradd., Fondo de Cultura Económica, México–Madrid 2003 [= 1951₂].

GAMKRELIDZE Thomas V. & IVANOV Vjačeslav V., *Indo-European and the Indo-Europeans. A Reconstruction and Historical Analysis of a Proto-Language and a Proto-Culture*, trad. J. Nichols, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York 1995.

HASPELMATH Martin, *A grammar of Lezgian*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York 1993.

KAY Paul, BERLIN Brent, MAFFI Luisa & MERRIFIELD William, «Color naming

across languages», C.L. Hardin & L. Maffi edd., *Color categories in thought and language*, Cambridge University Press, Cambridge 1997. KAYE Alan S. & ROSENHOUSE Judith, «Arabic Dialects and Maltese», R. Hetzron ed., *The Semitic Languages*, Routledge, Londres–N. York 1997, 263–311. KLAMER Martin, *A Grammar of Kambera*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York 1998. KOLLER Hermann, *Orbis pictus Latinus. Vocabularius imaginibus illustratus*, Artemis Verlag, Zürich 1989₅ [= 1976]. KOSSMANN Maarten G., *Grammaire du parler berbère de Figuig (Maroc oriental)*, Éditions Peeters, París–Lovaina 1997.

LEROI–GOURHAN André, *Simbolos, artes y creencias de la Prehistoria*, trad. J.M. Gómez, Istmo, Madrid 1984. LIEBERMANN PHILIP, *Eve Spoke: Human Language and Human Evolution*, W.W. Norton & Company, N. York 1998. LUCY John A., «The linguistics of “color”», C.L. Hardin & L. Maffi edd., *Color categories in thought and language*, Cambridge University Press, Cambridge 1997, 320–346.

MACDONALD Lorna, *A Grammar of Tauya*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York 1990. MALHERBE Michel, *Les langages de l’humanité. Une encyclopédie des 3000 langues parlées dans le monde*, Seghers, París 1983. MONZÓ GALLO Carlos, *Substantivos Latinos con Tema en –i Indoeuropeo. Estudio Diacrónico*, Universidad de Valencia, Valencia 2008. MORENO CABRERA Juan Carlos, *Introducción a la Lingüística. Enfoque Tipológico y Universalista*, Editorial Síntesis, Madrid 1997. MURDOCK George Peter, *Nuestros Contemporáneos Primitivos*, trad. T. Ortiz, Fondo de Cultura Económica, México 1981 [= 1945].

ÖZGEN Emre & DAVIES Ian, «Turkish color terms: tests of Berlin and Kay’s theory of color universals and linguistic relativity», *Linguistics* 35–36 (1998) 919–956.

PAJELLO Luigi, *Dizionario Vicentino–Italiano*, Arnaldo Forni editore, Vicenza 1979 [= 1896]. PALMER Gary B., *Lingüística cultural*, trad. E. Bernárdez, Alianza Editorial, Madrid 2000.

REQUENA Miguel, *Lo maravilloso y el poder. Los presagios de los emperadores Aureliano y Tácito en la Historia Augusta*, Universitat de València, Valencia 2003. RODRIGUES Ayron D., «Macro–Jê», R.M.W. Dixon & A.Y. Aikhenvald edd., *The Amazonian Languages*, Cambridge University Press, Cambridge 1999, 164–206.

SAFAREWICZ Jan, «Język grecki. Język starogrecki», L. Bednarczuk red., *Języki indoeuropejskie*, Państwowe Wydawnictwo Naukowe, Varsovia 1986, I 397–447. SENFT Gunter, *Kilivila. The Language of the Trobriand Islanders*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York–Amsterdam 1986. STANLAW JAMES, «Two observations on culture contact and the Japanese color nomenclature sys-

tem», C.L. Hardin & L. Maffi edd., *Color categories in thought and language*, Cambridge University Press, Cambridge 1997, 240–260. SUTROP Urmas, «The basic colour terms of Estonian», *Trames* 4.1 (2000) 143–168.

TRAPERO Maximiano, *Pervivencia de la Lengua Guanche en el Habla Común de El Hierro. Léxico común y pastoril, de la flora y de la fauna y de la toponimia*, Dirección General de Patrimonio Histórico, s.l. 1999a. *Diccionario de Toponimia Canaria. Léxico de referencia oronímica*, Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria 1999b. TRASK Robert Lawrence, *Etymological Dictionary of Basque*, (Max W. Wheeler ed.), University of Sussex, Sussex 2008. TROMBETTI Alfredo, *L'unità d'origine del linguaggio*, Scuola Grafica "Civitas Dei", Bolonia 1962 [= 1905].

UUSKÜLA Mari, «Distribution of colour terms in Ostwald's colour space in Estonian, Finnish, Hungarian, Russian and English», *Trames* 10.2 (2006) 152–168. «The Basic Colour Terms of Finnish», *SKY Journal of Linguistics* 20 (2007) 367–397. «The Basic Colour Terms of Czech», *Trames* 12 (2008) 3–28. UUSKÜLA Mari & SUTROP Urmas, «Preliminary study of basic colour terms in modern Hungarian», *Linguistica Uralica* 43.2 (2007) 102–123.

VAN DRIEM George, *A Grammar of Limbu*, Mouton de Gruyter, Berlín–N. York–Amsterdam 1987.

WEYER JR. Edward, *Pueblos Primitivos de Hoy*, R. Huguet trad., Editorial Seix Barral, Barcelona 1972. WUNDERLICH Eva, *Die Bedeutung der roten Farbe im Kultus der Griechen und Römer*, Alfred Töpelmann, Giessen 1925.

ZIMMERMANN Wolfgang & HASHEELA Paavo, *Oshikwanyama Grammar*, Gamsberg Macmillan Publishers, Windhoek 1998.